

ISSN 0120-0216



aleph



Elvira Rico

octubre/diciembre 2018. Año LII

Nº 187



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Ilustración de Elvira Rico

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo (x)
Valentina Marulanda (x)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.6.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

e-mail: aleph@une.net.co

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:

Andrea Betancourt G.

Impresión:

Xpress - Estudio Gráfico y Digital

octubre/diciembre 2018

aleph

Año LII

CONCIENCIA / DE TIEMPO Y TESTIMONIO

TEMA de inspiración, para la serie artística que trabajo.

Nacer un día en particular...
Dentro del ir y venir del planeta tierra.
Que ya en su haber cuenta, con cuatro mil
quinientos cuarenta y tres millones de años.
TIEMPO este, inimaginable!

En medio de la transitoriedad del universo asombroso.
Ignoto, indescribible, desconocido y absolutamente colosal.
La resultante de mi cavilar inquieto, universal e ingravido
son pensamientos consistentes que tratan de desentrañar
origenes, la razón. La pertenencia, el arraigo, la vocación
de este transcurrir donde somos partecita mínima
en este ciclo infinito, quizás eterno.

Llego a la CONCIENCIA del integro.
Todo en constante movimiento evoluciona, cambia
deja impronta, huella, vestigio, TESTIMONIO...
Quedando todos estos sensibles, absolutamente
registrados en la Memoria del acontecer.

En suma, corpus, almas, plantas, minerales seres
vivos, tangibles, intangibles. La Multiplicidad.
La inteligencia, la esencia y el espíritu.
Son fascinante energía que tiene un potencial
por explotar, desarrollar y depurar, asombroso.
Como especie humana tenemos la posibilidad de
poder transformar el pensamiento y el sentir.
Para entender, apreciar, conocer y manejar
nuestros diferentes tipos de inteligencia.
Superando las barreras de nuestros propios egos
y del materialismo.
Para brillar con la luz de Seres Humanos
avanzados, tan fina y acertada.
"Que pudiéramos todos por naturaleza aceptar
y tener respeto por la Diferencia. Tendríamos
así, un planeta en Paz."

Elvira Pico Quillo

Aquí en la Tierra, sintiendo la universalidad

CONCIENCIA / de TIEMPO y TESTIMONIO

Tema de inspiración, para la Serie
artística que vengo trabajando.

Nacer un día en particular...
Dentro del ir y venir del planeta tierra.
Que ya en su haber cuenta, con cuatro mil quinientos
cuarenta y tres millones de años.
TIEMPO este, inimaginable!

En medio de la Transitoriedad del universo asombroso.
Ignoto, indescifrable, desconocido y absolutamente colosal.
La resultante de mi cavilar inquieto, universal e ingravido son
pensamientos consistentes que tratan de buscar los Origenes,
la Razón. La pertenencia, el arraigo, la vocación, de este
transcurrir donde somos partícula mínima en este ciclo
infinito, quizás eterno.

Llego a la CONCIENCIA del integro.
Todo en constante movimiento evoluciona, cambia, deja
impronta, huella, vestigio, TESTIMONIO...
Quedando todos estos sensibles, absolutamente registrados
en la Memoria del acontecer.

En suma, corpus, almas, plantas, minerales, seres vivos,
tangibles, Intangibles. La multiplicidad.
La inteligencia, la esencia y el espíritu. Son fascinante energía
que tiene un potencial por explorar, desarrollar y depurar,
Asombroso.

Como especie humana tenemos la posibilidad de poder
transformar el pensamiento y el sentir. Para entender,
apreciar, conocer y manejar nuestros diferentes tipos de
inteligencia. Superando las barreras de nuestros propios egos
y del materialismo.

Para brillar con la luz de seres humanos avanzados,
tan fina y acertada.

“Que pudiéramos todos por naturaleza aceptar y tener
respeto por la diferencia. Tendríamos así, un Planeta en paz.”

Elvira Pico Feillo

Aquí en la tierra, sintiendo la universalidad

Elvira Rico, en exposición

Fabio Rodríguez-Amaya

De la imaginación a la imagen ningún signo hay más elemental que un trazo y, para materializar la imagen, ningún trazo hay más contundente que un diseño. Este ejercicio elemental, que permite recrear cualquier experiencia fantaseadora, se convirtió, desde la noche de los tiempos, junto con el ejercicio de la palabra, en el primer media. Adquirir el lenguaje de los signos le ha permitido a la especie humana trazar el mundo circunstante, grabar el hecho imaginativo, construir la memoria. Los signos y los trazos se convirtieron en los más inequívocos compañeros de expresión del ser en el camino de la evolución. Nació la escritura, asumió cuerpo la palabra y se inauguraron, en una cadena infinita, la práctica textual, el acto comunicativo y la trascendencia del pensamiento y las ideas.



Apunte, esquicio, bosquejo, esbozo, trazado, contorno, delineación, diseño, representación, plano, proyecto, retrato, dibujo..., porque el lenguaje burilado con los signos y calografiado con los significantes es el punto de partida de cualquier creación; lo demás son variaciones de dicha forma primera del arte. Evóquense los petroglifos de Chiribiquete en Colombia, de Drakensberg en África, de Lascaux en Francia, de Altamira en España y de Val Camonica en Italia. Apréciense la perfección de los diseños cerámicos y la exactitud evocativa de las líneas nazcas, la filigra-

na de las estelas mayas, el simbolismo de los oros quimbayas, la solemnidad de las incisiones egipcias, el hieratismo de las ánforas griegas, la obscenidad de los frescos de Pompeya y Ercolano, la voluptuosidad de los dibujos hindúes, la sobriedad del arte erótico japonés, la poesía de los caligramas chinos en que el dibujo, visionario, es fuente generadora.

Actualícese el mito de Pigmalión, el escultor hechizado de amor por la bellísima mujer que él mismo había esculpido; léase lo que refiere Plinio en el libro XXXV de su *Naturalis Historia* sobre el nacimiento del retrato, por mano del alfarero Butade Sicionio en Corinto. Y así, de anónimos a Piero de la Francesca, de Vitruvio a Botticelli; de Leonardo a Miguel Ángel; de Filarete a Palladio; de Rembrandt a Dürer; de Goya a Blake, de David a Ingres; de Rodin a Van Gogh; de Picasso a Giacometti; de Obregón a Cuevas; de Roda, Alcántara y Rendón a Varela, Jaramillo y Astudillo; de Caballero a Morales... porque la historia del dibujo y la escritura es la de la humanidad entera.

En el panorama actual del arte que se hace en Colombia, Elvira Rico Grillo se apersona de la continuidad de una tradición ejemplar. De su ímpetu y sensibilidad femíneos brotan trazos insolentes y vibrátiles que exaltan su manera: a la inmediatez de las imágenes suma la energía incontenible de su poética personal y, en el frenesí de su vida dedicada de manera ejemplar y poliédrica al arte, con el dibujo, minuta historias, prolifera situaciones, brinda sugerencias y enuncia verdades. En la obra de Elvira Rico Grillo impera el desnudo humano elemental con su carga de erotismo, su anhelo de verdad, su conciencia de ser. Porque reside en el fuego con que su alma combate la mediocre vida cotidiana. El pulso con que cincela los cuerpos y la dinámica con que los figura son carnales; ellos transpiran pasión, sudor y vida, y responden a los ritmos vertiginosos con que los construye.

En el infolio blanco o pigmentado con las yemas de sus dedos destellan figuras, rostros, torsos, sexos enardecidos por el deseo y exaltados por la invención y el ludus. A ello suma retratos tan ideales como verosímiles, composiciones misteriosas, seres ingravidos, caballos, centauros y equinocéfalos (una de sus obsesiones) en un contrapunto vertido en libros de artista editados en ejemplares únicos. Y así, con fragmentos de humanidad, Elvira Rico Grillo estila la crónica de caídas, desamparos, soledades, cópulas y encuentros, de la que rinden cuenta también sus reiterados homenajes a la mujer. En el pleno dominio del medio expresivo y de un saber autónomo, elabora narraciones memoriosas. En estas, las creaturas en su gallardía, en su esencia, en su

venustez, testimonian la pulsión efímera, los sueños irrealizados, la necesidad de amor. Con su admirable producción de dibujos, Elvira Rico Grillo trasiega en imágenes francas y virtuosas su prístino y vehemente vuelo imaginativo.

Milán, primavera de 2018.



Elvira Rico, artista de entereza vital

Carlos-Enrique Ruiz

Este oficio de aprovechar encuentros con personalidades de edades diversas y variadas aplicaciones tiene sus encantos, en uno y otro lugar. Y he tenido la curia de recoger impresiones que se han publicado como “Reportajes de Aleph”, y por generosidad infaltable se han recogido en dos antologías editadas por la Universidad de Caldas que recogen buena parte de ese acontecer. Los encuentros muchas veces son planeados, pero no faltan las casualidades, como en este caso.



Desde Italia, el valioso pintor-grabador-ensayista Fabio Rodríguez-Amaya, promovió desde la Universidad de Bérgamo una exposición de Elvira Rico-Grillo en el “Museo de Arte de Caldas”, la cual se realizó en Manizales (septiembre/octubre, 2018), con maravilloso montaje y obras de singularidad. Por los días de la inauguración nos encontramos de sorpresa en “Casa Florida”, lugar que frecuentamos con buen café a las 11 de la mañana. Y fue como si siempre nos hubiéramos visto, de lejana y constante amistad. La empatía fue instantánea. Ella estaba acompañada de otro tutor, Nicolás Duque, joven de la Escuela de Filosofía que funge como director de la biblioteca de la Universidad de Caldas. Y en cosa de minutos Livia capta la trascendencia del momento, sale pronto con destino a “Casa Aleph” para traer cámara de fotografía y el “Libro de autógrafos Aleph-UN”. Todo se organiza

en un despabilar. Conversamos y ella toma refugio en un lugar apropiado de “Florida” para dejar su testimonio en el Libro, con despliegue de inocultable emoción y creatividad a flor de manos, de piel, de ojos, ... de alma.

Luego Elvira viaja a Canadá a visitar a sus hijos y de regreso vuelve a Manizales, para adelantar unos videos de su exposición, y ocurre el segundo sensible encuentro.

Su ejemplo de vida y de formación de los dos hijos da a pensar en el sistema educativo nuestro, con preponderancia del autoritarismo, sin carácter selectivo y estimulante, de acuerdo con el talento y la predisposición de cada uno de los estudiantes, para contribuir en su singular desarrollo. Ella tuvo la suerte de ir por el camino de su vocación, con estímulo de familia y acceso a instituciones y talleres que supieran aceptar su singularidad, para reforzar formación en técnicas y disciplinas. Actitud que la llevó a conducir también el talento de los hijos, con envío temprano a Canadá, en busca de afianzar sus vocaciones artísticas, lejos de la cuadrícula ortodoxa.

Personalidad atrayente, sin compliques en la comunciación, sencilla en todos los órdenes, con trayectoria de asombro en sus oficios: el dibujo, el diseño, las decoraciones, los vitrales, el trabajo en forja de hierro, etc. Innovadora en sus trabajos, con apego irrestricto al caballo, del cual desprendió los “equinocéfalos”, y sus descripciones en dibujo con la rapidez y el fulgor de inocultable emoción.

Su exposición en Manizales (septiembre/octubre 2018), en el “Museo de Arte de Caldas” (parte baja del “Teatro Los Fundadores”), llevó el título de “Figuraciones”, con obras repartidas en cuatro salas, cada una con nombre relacionado con la naturaleza de las obras reunidas en ellas: “Conciencia de tiempo y testimonios”, “Ensimismados”, “Equinocéfalos” y “Vértice”. La curaduría estuvo a cargo de la profesional Saahira Rodríguez-Mora, quien dijo: “A partir de la bidimensionalidad con técnica de dibujo y pintura, Elvira Rico-Grillo explora y profundiza lo configurativo como elemento de construcción fisionómica entre la fusión del ser humano y del equino, en ciclos constantes dentro de temporalidades y figuras imaginarias. La multiplicidad de sus obras hace partícipe al público hacia un mundo cautivante a parte de la relación entre ser y movimiento, lo humano animal y el jinete-caballo, con una mirada (en la cuarta sala, “Vértice”) al desarrollo del artista y su constante diálogo entre el trazo y el papel.”

Acordamos dedicarle esta Aleph-187 con sus ilustraciones, su manuscrito autógrafa, y con esta entrevista que muestra sus orígenes, formación constante y sus realizaciones. Con alegría compartimos esta edición en su honor.

- *Cuéntame, por favor, un poco de tus ancestros familiares, maternos y paternos.*

Abuelos paternos: Rodolfo Rico-Rico, Abogado y Elvira Leyva-Camacho, descendiente de la familia de Andrés Díaz Venero de Leyva. Abuelos maternos: Rafael Grillo-Vélez, sobrino de Max Grillo e Isabel París-Espinoza, descendiente de José-Ignacio París, quien ayudó a Bolívar y de José-María Espinoza, abanderado de Nariño y pintor.

Roberto Rico-Leyva, mi padre, arquitecto egresado de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá. Se dedicó toda la vida a ejercer la arquitectura con gran éxito profesional. Era un buen creativo, dibujante y brillante en su labor de administración y gerencia. Le encantaba la música, tocaba piano, acordeón, guitarra, tiple,... componía y hacía arreglos musicales. Deportista, practicaba tenis, natación y esquí acuático.

Isabel Grillo-Paris, mi madre, estudio enfermería, pero no ejerció. Ella tejía a mano en dos agujas admirablemente bien, cosía en compañía de mi abuelita Isabel y nos bordaban unos vestidos clásicos, con pecheras en puntada de smock. Alta costura, lectora continua, muy intuitiva, diligente y cumplida al extremo.

Estos lindos papás nos inculcaron valores maravillosos, una educación de primera, construyeron en mi vida un nicho cálido, sensible, donde a lo largo de la vida he podido realizarme como persona completa y auténtica.

- *Por el apellido Grillo ¿cómo es el parentesco con el escritor Max Grillo, y cuáles las vinculaciones intelectuales y de su legado cultural?*

Maximiliano Grillo-Jaramillo era tío de mi abuelo materno. Sus padres fueron Miguel Grillo-Murcia, médico y Rosalía Jaramillo-Andrade. Rafael Grillo-Jaramillo y Paulina Vélez-Ospina eran los padres de Rafael Grillo-Vélez, casado con mi abuela Isabel París-Espinoza y sobrino de Max. De mi mamá, Isabel Grillo-Paris, era tío abuelo; de Elvira Rico-Grillo, tío bisabuelo.

Como te comentaba, Max vivió los últimos años de su vida en la casa de mi abuelo Rafael y mi abuela Isabel París, quien se graduó en pedagogía. Lo admiraba, lo cuidó con respeto, consideración y cariño, estrechando aún más su amistad con Max.

Una persona tan importante como Max deja una impronta en la familia. En mi caso particular supe desde muy pequeña quien era y a que se dedicó. Mis abuelos me contaban de Max y me mostraban parte de sus pertenencias, en especial una pequeña parte de los libros, de la biblioteca de Max que le correspondió a mi abuelo, Rafael. Recuerdo a mi abuela Isabel enseñándome los libros, sus obras y leyéndome poemas de su obra “En espiral”. Mis tíos y mis primos Grillo, todos, diría yo, con orgullo y seguridad sabemos y valoramos al tío Max y como es natural tenemos conciencia plena de lo que fue su vida. Las vivencias y relatos de los mayores, quienes lo conocieron, nos han transmitido sus méritos, sus hazañas y su obra, así como su disciplinada labor de humanista, diplomático y literato.

- ¿Cómo transcurrió tu infancia, y de qué manera afloraron tus inclinaciones por el arte?

Las labores de mi papá, arquitecto, comenzaron a llamar mi atención desde mis siete años, lo acompañaba en vacaciones a visitar las obras y a la oficina donde yo encontraba infinidad de cosas para construir y diseñar. En la casa nuestra y de mi abuelita había siempre el cuarto de costura, las máquinas, los materiales, taller de costura completo, otro espacio para mi deleite y aprendizaje del amor por el oficio. Además en el cuarto de costura de mi abuela grillita, como yo le decía, había una pared y colores para que yo pintara con lápices.

Yo sé que ellos vieron mis inclinaciones artísticas tempranas y me las cultivaron y apoyaron en la medida que yo lo pedía.

Cuando entré al colegio se notaba que mi dibujo sobresalía. Y me pidieron a lo largo de mi vida escolar que hiciera las tarjetas para las profesoras, los afiches. Mis cuadernos eran los de mostrar por la letra y los dibujos, luego dibujos para el anuario y la portada y acabé diagramando y editando los anuarios de los últimos tres años. Me considero muy afortunada de esta receptividad, fe y apoyo de las monjas y profesoras del Colegio de las hermanas Benedictinas en Bogotá, hoy en día Colegio Santa María. En mi familia por esa época, desde los 12 años, yo hacía tarjetas de Navidad, registros de primera comunión, pafolios de bautismo, afiches. Y hacia los 13 años comencé a pintar mis afiches y mis cuadernos de dibujos personales, con escritos. Desde pequeña le hacía la ropa a mis muñecas y comencé a hacer la mía, costumbre que tengo aún. A decorar los muros de la casa con dibujos, collage... hasta entrar a la universidad, y a los talleres donde he aprendido diferentes técnicas de arte.

- Estudios realizados en la formalidad de instituciones...

Primaria y Bachillerato en el Colegio de las Hermanas Benedictinas, hoy Colegio Santa María, como expresé antes.

Artes, en la Escuela de Artes y Letras en Bogotá, 3 años; en el Taller de David Manzur, 2 años; en el Taller de arte de Augusto Ardila, 3 años; en el Taller Aguatinta de Grabado Alfredo LLeras, 1 año; en el Taller la Mana, joyería primer nivel, 2 años.

- ¿Podrías relatarnos, de manera complementaria, el proceso de tu formación en las artes plásticas, con referencia a escuelas y a personalidades artísticas que te marcaron y atraieron por las características de sus obras?

Desde pequeña me di cuenta que mi papá tenía muchos libros y entre ellos, aparte de los de Arquitectura, unas colecciones de arte que me encantaba hojear, en especial la Skira. Existía un libro de Leonardo da Vinci que me cautivó también. Tengo memoria fotográfica y fijé las grandes épocas, los estilos y muchos grandes de la pintura y el dibujo, deleitándome y viendo, repetidas veces, aquellos libros, tesoros para mí. Estoy segura que los grabé en mi disco duro a esa temprana edad. Sobre todo los dibujantes, ahora entiendo que me identificaba inocentemente con ellos. Y sigo con la costumbre de mirar, investigar, conocer...

Al ingresar a la Escuela de Artes y Letras de Bogotá me encontré con un grupo de profesores, maestros de artes plásticas, de vanguardia, con un empuje y energía ejemplar. Entre ellos y el mejor y más influyente en el concepto del proceso creativo de la obra de arte, mi Maestro, fue Fabio Rodríguez-Amaya, quien tenía a cargo la Cátedra de Teoría del Color. Y quien en ese momento formaba parte del Taller Cuatro Rojo de Bogotá. Él nos abrió las puertas, los ojos y el intelecto a la realidad del panorama artístico, nos puso en contexto. Se ideaba rutas pedagógicas, fuera de los muros de las aulas. Nos invitaba, motivaba y dedicaba su tiempo libre para visitar talleres de artistas importantes, hacer recorridos de las exposiciones del momento, asistir a conferencias, visitar la Sede de artes de la Universidad Nacional y demás actividades culturales del momento. Sus clases fueron siempre divertidas, densas de conceptos y estimulantes. Siempre ha sido un Maestro, altruista, activo, inquieto, disciplinado y conecta las personas de las artes entre sí con mucha generosidad.

Al vivir en los cerros de Suba, donde había asentamiento de extranjeros, en su mayoría europeos, conocimos a la familia Carulla, los Fornaguera y

los Roda, entre muchos más y todos formidables. Tuve la suerte de acercarme al maestro Antonio Roda, por nexos familiares de mi segundo marido. Roda, para mí siempre ha sido un referente importante, así como Caballero. La proximidad familiar dio para que yo pudiera compartir con él mi trabajo artístico, y fue algo muy importante y motivador poder atender sus conceptos y opiniones con respecto a mi producción artística.

Cuando formé parte del taller del Maestro David Manzur y del Maestro Augusto Ardila-Plata, el contacto personal con ellos, como Maestros, el ser alumno de estos grandes, es siempre muy positivo. El ambiente cultural de estos talleres fue excelente y sin lugar a dudas deja una huella positiva. Así ha sucedido con varios cursos libres que he tomado, para aprender técnicas de arte, como grabado en metales, base para la joyería entre otros.

- En tu trabajo de vitrales, ¿qué temas elaboras?

La temática obedece a la localización donde la pieza se instala, al tema o la idea que tiene el cliente y al concepto que surge de estas determinantes. Entonces puedo decirte que hay unos grandes temas que son el Religioso: mi inspiración en este tema se alimenta del estudio e investigación de los diseños y los elementos de la simbología paleocristiana. Es un mundo amplio e interesante. La mayoría de los vitrales son de la iglesia católica apostólica y romana.

Los de Naturaleza: frutos, plantas hojas, flores,... los dibujo a mi estilo y los adapto a las condiciones de la técnica.

Los Geométricos: son fascinantes porque se pueden realizar dentro del concepto de redes espaciales, en formatos rectangulares, cuadrados circulares y de coloridos mágicos. Se pueden intervenir con la técnica de grisalla, vitro fusión, o calados en lámina de bronce.

- ¿Qué logros puedes destacar en tu trayectoria creadora?

Con tanta sencillez, gran dignidad y dedicación por mis oficios, por los estudios, formación, experiencia, habilidades y conceptos, que he cultivado, depurado madurado y cuestionado en estos 47 años de trabajo artístico, algo se ha hecho. Pienso que tengo la tranquilidad y la paz interior de que he ejercido mi profesión con integridad y absoluta fascinación.

Creo firmemente que los logros se pueden ver en las obras y expresiones artísticas que he realizado en los diferentes campos, en los que he incursiona-

do. El testimonio está para que todos los que la miren y la vivan, interpreten y hagan su propia y muy importante apreciación.

- ¿Cuál es el origen y el desarrollo de tu obsesión con los caballos, centauros y en especial con los equinocéfalos? ¿Qué hay de nexos en tu labor creativa con los orígenes en los dibujos de la cavernas, o en los petroglifos que subsisten?

El equino me hace sentir la perfección caprichosa de su movimiento, su cadencia nata me despierta alta sensualidad, invitándome a capturarla y expresarla con la línea. Los escorzos que logra con su corpulencia, son de un erotismo exquisito, siempre se tornan en un “Sugereute creativo.”

Los caballos, con, en y sus “Corpus”, son bellísimos, fuertes, olorosos; además de enjundia son un ser especial, mágico, que ha estado acompañando y relacionándose con el hombre desde siempre. Una belleza de ejemplar vivo, que ha sido motivo de inspiración artística y ha sido registrado vastamente.

También han llegado a merecer espacios profundos en los conceptos fantásticos, donde el Centauro, el Pegaso y el Unicornio están bien entronizados.

Mi pasión por los temas que me llaman la atención, como los caballos, desemboca en investigaciones divertidas y exhaustivas buscando el origen, lo más remoto, el historial, las interpretaciones en el transcurso de la historia, la anatomía,... para lograr el concepto total y en contexto.

Paralelamente a esto mi identificación con los equinos va siempre en aumento. Mi entendimiento con ellos, cuando estamos frente a frente, conociéndolos, o sin conocerlos, es un lenguaje personal donde es clave el contacto visual y físico. No sé en qué forma se genera una conexión muy sentida y expresiva para ambos.

Mi gusto por ellos se remonta a vivencias de niñez, así como a lo largo de la vida. Mi tío abuelo, Genaro Rico-Rico, médico, hermano de mi abuelo paterno Rodolfo, quien era abogado. Fue el fundador del hipódromo de Techo en Bogotá en los terrenos de su hacienda San Isidro, que en ese entonces quedaba vecina al aeropuerto de Techo. Yo tengo recuerdos suntuosos de todo el ambiente de las carreras de caballos, las apuestas del “5 y 6”, gente, emociones... Caballos amadísimos y favoritos, veloces y bellos, como Triguero que fue leyenda en el Derby colombiano. Además, aprecié las puertas de salida donde se agitaban los caballos con sus jinetes montados, antes de desbandarse a correr.

En las fincas de la familia siempre estaba la presencia bella de los caballos, labriegos y los de montar. Y en Chunuguá, la bella casona de los cerros de Altos de Chosica y Sindamanoy, en Suba, con un jardín nativo inmenso teníamos dos yeguas y un caballito que nació allá.

En la finca “Gai-Repos” (en catalán, “alegre descanso”) de los Fornaguera Carulla, aparte de un magnífico sembrado de tablones de té, existió para mi fortuna una yegua, hija de un caballo de polo, que era una hermosura y fue mi modelo.

Impulso creativo. Detonante de formas. Arrebato de posesión total. Seguí dibujando, con los equinos interiorizados a tal forma, que una vez me preguntaron: si pudieras cumplir un deseo y se te cumpliera, ¿qué quisieras? respondí: ¡Un caballo libre, por tres minutos!

En 1998 y de ahí en adelante se me comenzaron a salir en los dibujos, de una manera inconsciente los “equinocéfalos”. En el 2003, después de sus misteriosas apariciones los reconocí desde adentro. Son míos, son parte de mi desarrollo artístico y sin buscarlo se fue gestando en mi mundo interno, un caballo fantástico que no existía, lo bautizamos “Equinocéfalos”. Por momentos es mi prolongación y me siento representada y en evidencia; otras veces se da la libertad de salirse de macho, de hembra, de homosexual, o de lo que quiera, llega incluso a confundir y ganarse apelativos como andrógono, transexual...

Equus. Fascinación sexual y mística por los caballos. Según la obra de teatro Equus escrita por Peter Schaffer en 1973.

- ¿De qué manera está integrada tu familia personal; cómo tus dos hijos comenzaron estudios y de qué modo se desprendieron de la formalidad institucional para tomar vuelo propio?

Estoy divorciada hace muchos años, pero sigo creyendo que el mejor estado del ser humano es tener la “pareja”. Aceptarse tal como se es. Alguien que te quiera y alguien a quien querer. Tengo dos hijos hombres, Nicolás y Santiago.

En 1998 vi la oportunidad de que se fueran a vivir al Canadá, con visa de residencia permanente, y literalmente los exporté. Siendo muy jovencitos, Santiago de 18 años recién cumplidos, y Nicolás de 22. Los eduqué, en parte con ejemplo que les di, de mi disciplina y responsabilidad por el trabajo, y de manera que fueran independientes y se supieran procurar las cosas por sus

propios medios. Les he dado todo el amor y el apoyo que ha sido posible. Hace 19 años que viven en Canadá.

Nicolás había estudiado aquí Joyería en el taller de Francisco Piñeros, en los Andes y Artes, en la escuela de Santo Domingo. Cuando llegó a Toronto tomó un curso completo de programas de arte en computador, así que los maneja de maravilla. Tenemos una máquina que produce las piezas tridimensionales de joyería que Nicolás crea, se las corta en unas ceras que después se utilizan para el casting. Santiago tomó clases de Piano, porque tiene esa facilidad de aprendizaje, interpretación y creación. Tomó cursos de alta cocina y pasó por la universidad para hacer cursos de administración. Ha trabajado como Chef y lleva muchos años trabajando en los bancos TD Canadá Trust y ahora en ScotiaBank. Todos tres tenemos una vena artística muy latente. ¿Qué hubiera sido de nosotros tres aquí? No lo sé, pero ahora que los visité regresé convencida de que fue un acierto. Muy duro para los tres, pero no me arrepiento de lo que hice porque los veo muy bien. Hemos salido los tres adelante con mucho esfuerzo. El balance a hoy en día es muy positivo, mis hijos son dos hombres de grandes valores humanos ante todo, maravillosos, extraordinarios seres humanos, que viven en paz, aman lo que hacen y lo realizan con responsabilidad y entrega. Las relaciones familiares entre nosotros son amorosas. Ya soy abuela, Nicolás tío, Santiago y Catalina padres de Emilia.

- *¿Qué te dicen las identificaciones de “arte moderno”, “arte contemporáneo”, “arte abstracto”, “arte conceptual”,...?*

Dentro del proceder humano, el hombre a lo largo de los años ha tenido la tendencia de clasificar para poder organizar, estudiar y referirse a las expresiones varias del arte, que según la época y el contexto histórico han tenido variantes y características. El arte moderno, es una reacción a las formas y maneras académicas de épocas anteriores. El abstracto prescinde de la figuración para valerse del color, la mancha y la línea, para lograr la expresión. El arte conceptual, idea-art, donde la parte del contenido, la idea y el concepto doblégan lo figurativo o sensible, a favor de la idea.

El almendrón de estos movimientos son interesantes y se van constituyendo en ingredientes de valor, que fusionados en nuevas expresiones nutren maravillosamente la obra de arte. Cada uno en su condición también tiene gran valor. Es el proceso histórico del arte que deja, renueva, retoma, hace a un lado, mueve el prisma, busca otro dial,... muy interesante.

- *¿Cómo puedes establecer distinciones y afinidades entre arte y artesanía?*

El Arte es un concepto inmenso que alberga una infinidad tan variada de expresiones. La música, la literatura, el cine, la fotografía, el teatro, la danza, la pintura, la escultura, el dibujo, etc. Lo que cumple con el concepto inmenso, universal, sensible y profundo se considera una obra de arte.

Tienen el sello de la genialidad y de la creatividad. Esto conlleva un proceso creativo, la parte del oficio, y un resultado final, valiéndose para ello de cualquier medio físico, matérico o virtual.

En la artesanía existe la presencia de algo artístico inicial que perdura y que es origen. Su manufactura va evolucionando y va dejando diferentes registros de un mismo referente, de gran valor conceptual. Por ejemplo las mochilas Aruhacas, son objetos de arte utilitario, hechos de manera artesanal, con alto valor, en su manufactura y su geometría que expresa tantas creencias, mitos y cosmogonías.

- *¿Qué te gusta leer, y qué evolución has tenido en ellas?, y ¿cómo dispones tu escritura?*

Me ha gustado siempre investigar, por muchas razones, la primera es, si sabes bien de qué se trata, qué es lo que estás manejando, a qué te estás enfrentando, con toda seguridad habrás ganado terreno y sabrás cómo abordar el trabajo. Esto requiere de mucha lectura, que te lleva por senderos de conocimientos inesperados e interesantes. Me encanta saber el origen de todo lo que sea posible encontrar. Me gusta el género de ensayo, he leído muchos de los ensayos de Max Grillo, me gusta la poesía, en general contemporánea y la latinoamericana; admiro a García-Márquez, gozo leyendo los clásicos, los filósofos antiguos, los expresionistas. Me gustan las obras de Mircea Eliade, de Leo Buscaglia y Clarissa Pinkola Estés.

Me gusta escribir. Creo que los temas que manejo son muy interioristas y a la vez universales. Son estados de pensamiento sobre un tema, cuestionamientos profundos. Mi intención es que estén al servicio de mi obra.

- *¿Vives del arte, de tu oficio? ¿Te asomas por las galerías en plan de ventas?*

Sí, claro, de eso vivo y para eso vivo. Le he ligado algunas de mis técnicas de arte, siempre a la arquitectura. Los frescos, los vitrales, los mosaicos y los trabajos en hierro forjado. Varias veces he creado ambientes interiores com-

pletos en su revestimiento y su decoración interiorista. Mi papá fue el primer arquitecto, en darme contrato.

He realizado muchas exposiciones y he vendido obra. Tengo mis coleccionistas y cuando hago estudios abiertos vendo obras.

- ¿Cómo aprecias la evolución de las artes plásticas en Colombia, respecto al contexto latinoamericano y en general mundial?

Con la globalización de estos últimos tiempos, tenemos la oportunidad de tener acceso a todo tipo de información cultural. Podemos estar al tanto de exposiciones, bienales, ferias anuales de arte en el mundo entero. Tenemos conocimiento en tiempo real de tendencias; podemos seguir referentes, saber los precios de las bolsas del arte. ¡Es una locura! Esto aporta mucho a la cultura y al arte del momento en Colombia. El arte latinoamericano tiene mucha fuerza y propuesta, y buen nicho en el mundo.

Hay como en todos los campos ciertas posturas facilistas y de poca trascendencia, que tiene la gloria del cuarto de hora y después se extinguen.

- ¿Cómo es tu vinculación en labores con los medios audiovisuales e incluso en el campo de la virtualidad?

Desde hace ya 13 años estoy “Up-date” con los programas de arte que existen de corell como el Painter Classic, y la celda de Adobe con PS e Indesign para dibujar y diagramar. Los veo como una técnica más que aporta de la virtualidad a la manualidad y viceversa. Para mi ha sido una experiencia enriquecedora. He podido realizar una cantidad de trabajos gráficos, y la edición de dos libros: “La Novena de Aguinaldos - Tradición Colombiana” y “El Tricolor de la Libertad” para Jaques Osorio Anastasiu.

- ¿En tu vida diaria, qué sentimientos te atraen o capturan tu atención e interés?

Tengo sensibilidad social aguda y me aterra la falta de respeto por las diferencias. Siempre llego al mismo proceso de pensamiento y conclusión. Somos unos seres humanos que nos quedamos rezagados en la evolución de todos los valores espirituales, que son la garantía y base del respeto por el otro, por el prójimo. Por eso la violencia y las pasiones bajas, que no permiten que podamos vivir en mediana paz y fraternidad.

Los sentimientos que me atraen son los que hacen posible estar en paz, conmigo misma.

- *¿A qué te refieres cuando hablas de “pensar en hierro”?*

Es el slogan de mi labor. Cuando manejo el hierro para crear elementos de diseño que van direccionados a las necesidades arquitectónicas, para acabados, estructuras, relieves escultóricos o esculturas. “Una nueva manera de pensar en Hierro”, eslogan de la compañía “Diwali Arte y Forja Ltda.”, de la cual fui socia.

- *¿Qué aproximaciones y distancias aprecias entre tus condiciones de “diseñadora” y de “creadora”?*

Diseño – Creación: estos dos conceptos se entrelazan y conviven en el diario de todas mis actividades. Los considero, con el gran respeto que profeso por ellos, como una manera que tengo de concebir, que se refleja en todo lo que realizo.

Soy creativa por naturaleza y de esencia. Gracias a la vida y a la inteligencia superior, por esto. Cuando eres consciente de que eres un creativo, en el campo que estés, y en el caso mío, es una manera, una cualidad, una característica, un estado natural, por decirlo así, es un chip que traes.

El Diseño es un concepto inmenso, general, universal y objetivo. Que se estudia, se investiga, se evoluciona, se depura, se aprende. Es un campo donde se logran obras increíbles con la ayuda de las técnicas, los recursos y la dedicación.

Elvira queda aquí retratada en su acontecer, con sentido de obra artística, bella, y de pensamiento. Nada de presunciones, natural en actitudes y desempeños. Pero al observarla con detenimiento, pronto llegan sus mensajes de fina personalidad, formada con rigor en disciplinas y con obra de portento.



Los aportes del Nadaísmo

María-Dolores Jaramillo

Cada generación se cree destinada a rehacer el mundo
Albert Camus

Tal vez sea el momento de hacer un balance justo del nadaísmo y sus múltiples aportes históricos, artísticos, literarios y culturales. Para lograrlo es indispensable deponer y dejar atrás la cadena de invenciones chismográficas, falsas acusaciones, reiterados encasillamientos ideológicos, imaginaciones morbosas y anécdotas trilladas que lo rodearon durante tantos años. No es aceptable que en 2018 sigamos hablando de los nadaístas como “enemigos públicos”, ni especulando morbosamente sobre sus orgías ficticias, ni escandalizándonos gratuitamente con los supuestos sacrilegios. O un falso estupro. Es hora de comprender y señalar los valores de sus vidas, su pensamiento y su escritura, con criterios culturales, filosóficos y literarios, y no con prejuicios teológicos.



La irrupción y presencia de los nadaístas en la vida cultural colombiana, a partir de 1958, renovó numerosos aspectos de las costumbres y tradiciones culturales y mentales del país que se extienden hasta nuestros días. Sus constantes transgresiones y cuestionamientos, y su espíritu de transformación, invitaron al país a pensar en la necesidad de modernizarse en muchos ámbitos de la vida personal, social, familiar, ética, literaria y artística.

Pensar en contravía fue unas de las propuestas más interesantes del nadaísmo. Entendieron que se podía pensar distinto de

los padres y de los abuelos, y aspirar a un pensamiento propio. Los nadaístas cambiaron las ideas más comunes. Los valores. Las virtudes. Lo permitido y prohibido. Los horarios y los ritos. Los paseos y las diversiones. Los amigos. Sobre todo, la manera de pensar y de escribir. Y se atrevieron a cuestionar y contradecir las más arraigadas creencias, costumbres y tradiciones históricas, literarias, políticas y religiosas del país. A repensar muchas explicaciones y conceptos. Y a escribir en contravía. Nietzsche les señaló la necesidad de reformular los valores para ser un hombre autónomo y soberano. Y Fernando González les habló de la importancia de pensar a partir de sí mismos.

Los nadaístas *cuestionaron la tradición literaria* que los antecedió. La escritura en boga. La poesía “paisajística, sentimental, rosa, trivial y rural, retórica y parnasiana, metafórica y muchas veces cursi”... que se declaraba en 1958 la mejor, y la oficialmente consagrada, como “Teresa en cuya frente el cielo empieza...” o “Dos lánguidos camellos de elásticas cervices...” Quisieron proponer una nueva poética, más experimental y vanguardista. “Un cielo nuevo” dirá Gonzalo Arango en *Correspondencia violada*. Una poesía moderna, imaginativa, de asociaciones libres y arbitrarias, alejada del romanticismo, el modernismo y el costumbrismo, y más cercana de los surrealistas, existencialistas, dadaístas, futuristas, o simbolistas. Próxima a las vanguardias artísticas internacionales. Cosmopolita. Una poesía que renovara y ampliara las costumbres literarias colombianas. Así, atacaron, armados de convicción, valor y humor, las tradiciones religiosas y políticas, lo mismo que la uniformidad artística de la literatura oficial, buscando la modernización y apertura de la vida cultural colombiana. Gonzalo Arango se burló de las condecoraciones y los centenarios en los que se empeñan y repiten los escritores “elegidos” y consagrados oficialmente. Distinguió literatos de poetas. Las “momias del Panteón” de los auténticos poetas. Funcionarios de la cultura de verdaderos artistas. Actos académicos solemnes, de actuaciones artísticas populares. Su conciencia estética, contra lo que pensó O. Collazos, sí fue reformadora, y renovadora. Y el aporte literario del nadaísmo es hoy incuestionable para quien lea con cuidado y conocimiento.

Abrieron un necesario debate intelectual: los textos del nadaísmo que se publicaron en el suplemento literario de *El Espectador* y las cartas de Gonzalo Arango, enviadas a los periódicos y amigos, proponen una ruptura ideológica, social y cultural, y abren un necesario e importante debate en torno a las posibilidades de una nueva estética y una nueva literatura. De una escritura distinta del parnasianismo y del modernismo. Alejada del piedracielismo en

boga. Los nadaístas ampliaron los temas y reflexionaron sobre el bien y el mal, sobre la belleza, sobre la libertad y sus formas, sobre nuevos valores humanos, sobre otros modelos de amor, sobre la verdad y la mentira, sobre los valores esenciales del escritor, sobre dios y el diablo.¹ Y en contra de “las estéticas del utilitarismo”² propusieron nuevos cánones artísticos y renovados valores morales. Ofrecieron diferentes mecanismos de creación y confrontación de propuestas: polémicas, diatribas, correspondencia, encuentros, recitales públicos, conferencias, nuevos concursos literarios, entre otros.

Renovaron la palabra: los nadaístas comenzaron a dudar y a decirle al país lo que no había escuchado. Lo que no quería oír. Lo que muy pocos se preguntaban en silencio. Si dios existe. Si la resurrección es un invento del miedo. Si el amor eterno es una ingenua ficción. Si E. Carranza, R. Maya, G. Valencia, J. Zalamea o Rojas Herazo eran los dioses del Olimpo. “Lo interrogamos todo con repugnante sinceridad”³ en busca de una nueva poesía y una palabra renovada. “Carta a un colombiano en París”, dirigida por Gonzalo Arango a Eduardo Caballero Calderón, es un texto que aclara posiciones y principios y reclama la modernización del lenguaje poético: dirá que “Ni E. Carranza ni R. Maya representan la nueva poesía colombiana, así se hayan autodenominado “Los Nuevos”. Pedro Arturo Estrada señala un lenguaje distinto y una nueva manera de ver las cosas.

Los nadaístas propusieron la ampliación de las libertades: Amílcar Osorio y Jaime Jaramillo Escobar reinventan su nombre. Afirman la libertad de escoger la forma de vida, la inclinación sexual, las creencias personales, la actividad o profesión, de amar a las mujeres sin matrimonio y sin anillo de compromiso, de decidir volver o no a misa. De ser poeta y no comerciante o empresario. De pintar, cantar, esculpir o escribir versos sin tener que ser empleado de un banco. Escogieron un camino distinto al más general: de acumulación de riqueza material, de ventas e intercambio comercial. Y las lecturas de Durrell, Miller, Sartre, Beauvoir, Nietzsche y Camus les trazaron el camino de las libertades personales que se incorporaban en el mundo. Los más destacados nadaístas demostraron ser espíritus libres. Hombres con amplia libertad de pensamiento, y rectores de su propia vida. La libertad de

1. Eduardo Escobar. Gonzalo Arango. *Correspondencia violada*. Bogotá: Instituto colombiano de cultura, 1980. Págs. 68-74.

2. Gonzalo Arango. *Correspondencia violada*. Tarjeta de navidad para Gog. Pág. 71.

3. Eduardo Escobar. *Correspondencia violada*. Introducción. Pág. 18.

juicio y decisión, la libertad de análisis, y el examen lógico de los problemas, se introducen con los nadaístas en la cultura colombiana, como actitudes permanentes y esenciales.

Defendieron la autenticidad: Como amigos y seguidores de Fernando González, algunos de los nadaístas, sobre todo los del círculo antioqueño, heredaron y cultivaron sus pregones esenciales. Su estilo de vida y su camino, ejemplo de autenticidad e independencia en las elecciones, construidas a partir de sí mismo. La búsqueda de coherencia consigo mismo. Renunciaron muchas veces a las oportunidades llamadas burguesas y a sus valores mercantiles y cambiarios para ser ellos mismos, para seguir su propio sendero, y convertirse en constructores de riqueza espiritual, conocimiento, sabiduría personal, prosa, pintura, pensamiento y/o poesía.

Presentaron nuevos poetas, pensadores, y escritores fundamentales que no se conocían ni leían en Colombia en los años sesenta: Baudelaire, Camus, Rimbaud, Sartre, Maiacovski, Beckett, Nabokov, Durrell, Miller, Nietzsche, Gide, Joyce, E. Pound, o T.S. Eliot, entre otros autores, que replanteaban muchas ideas y valores tradicionales, proponían nuevos cánones literarios, y ofrecían perspectivas modernas y vanguardistas a los lectores.

Impulsaron la crítica literaria y artística y le trazaron nuevos rumbos. Ya no como suma de elogios, aplausos o rechazos de amigos, e inventario de datos personales, sino como una mirada especializada, argumentada, y analítica.

Removieron el establecimiento y las jerarquías: Las conferencias, manifiestos, diatribas y escritos de Gonzalo Arango, y de los amigos del nadaísmo, hicieron cimbrear el establecimiento. Repensar el orden deseable de la vida. Debatir en la Universidad de Bucaramanga, la Universidad de Antioquia, la Universidad de Caldas, o la Universidad Nacional de Bogotá, entre otras, los distintos temas de política, cultura y actualidad. Se produjo progresivamente la insurrección espiritual, y el surgimiento de un espíritu libre entre estudiantes, artistas e intelectuales, impulsado por los nadaístas y sus lecturas vanguardistas.

Convirtieron la poesía en un evento multitudinario. Colombia no conocía los grandes recitales públicos de poesía en calles, plazas, y universidades. La poeta chileno-peruana Raquel Jodorowsky al asistir al Cuarto festival de arte de Cali, invitada por Gonzalo Arango, dice: “El grupo nadaísta es un milagro. Por algo son muy combatidos. Yo nunca había visto un pueblo entero viviendo

la exaltación de la poesía como un partido político.”⁴ La poesía salió del salón privado a la calle, al parque, a la plazoleta. Pasó de los oídos aristocráticos a ser escuchada por todos. De evento para minorías a disfrute de mayorías. Ni Eduardo Carranza, ni Rafael Maya, ni Guillermo Valencia, ni Jorge Zalamea recitaban o leían poesía para el pueblo, ni en espacios populares.

Denunciaron y cuestionaron: En una cultura y en una tradición acostumbrada al silencio, a ocultar, y a negar los hechos, las actitudes abiertas y transparentes de Gonzalo Arango y de los nadaístas ofrecieron un valeroso y significativo ejemplo de cambio de ruta. Gonzalo Arango se indignó con los atropellos humanos. Con el maltrato y la esclavitud impuestos a los indígenas huitotos. Con los inmerecidos favoritismos culturales. Con los hinchados poetas oficiales. Con la falta de modernidad de nuestra poesía de los años sesenta y setenta. Con la ausencia de oportunidades para los artistas jóvenes. Con la endogamia poética. Sus textos abrieron un nuevo camino reflexivo a los intelectuales y estudiosos del país, que tiene plena vigencia, y que, desafortunadamente, J.G.Cobo Borda no supo valorar.

Los nadaístas denunciaron con valor. Criticaron. Reclamaron comprensión y solidaridad. Representaron escritores sensibles y conscientes ante su mundo y su tiempo. En sus escritos se registran las anomalías, desequilibrios e injusticias. Cuestionan la guerra de Vietnam, las políticas comunistas restrictivas y represivas frente a los intelectuales y artistas, la dignidad y los derechos humanos de los más débiles o desgraciados, la libertad e independencia del arte con respecto a los mandatos e intereses de la política o la religión.

Influyeron en la resonancia colombiana y latinoamericana. Los nadaístas lograron influir e impulsar otros movimientos culturales latinoamericanos similares. Dice al respecto Eduardo Escobar: “La generación nadaísta y los movimientos latinoamericanos que alimentó su insurgencia, el Techo de la ballena en Venezuela, los Tzántzicos en Ecuador, los Mufados en Argentina, fueron el primer aroma o el primer acto de las rebeliones que se avecinaban...”⁵ Los actos, palabras, proclamas y testimonios de los nadaístas generaron cambios en la literatura y la visión social y cultural de muchos países nacionales y latinoamericanos. La revista *Nadaísmo 70* se distribuyó en 15

4. Eduardo Escobar. Correspondencia violada. RJ.2. Pág. 85.

5. Eduardo Escobar. Cuando nada concuerda. Bogotá: Editorial Siglo del Hombre, 2013. Pág. 158.

países⁶. Revistas literarias y culturales de México, Venezuela, Cuba, Ecuador y Argentina publicaron y comentaron con entusiasmo los trabajos de los nadaístas y reconocieron su liderazgo continental.

Reflexionaron e impulsaron nuevos valores. Dice Gonzalo Arango en un texto incluido en *Obra negra*: “El nadaísmo se fundó como respuesta a las razones tradicionales de la vida. Es, en su más profundo significado, un imperialismo de la negación para defender al individuo de las amenazas que se ciernen sobre él, en esta época de abdicaciones de la libertad y de insurrección de masas totalitarias que levantarán un patíbulo para el poeta, el santo, el loco, el místico y el bandido, los eternos héroes del espíritu, sin cuya presencia nos negamos a vivir, pues no podríamos dormir sin el sueño del superhombre”. Con los ecos de Nietzsche se inicia la tarea de cuestionamiento y transformación de los valores. “Este anarquismo crítico que hemos formulado dará origen a nuevos valores y a un renacimiento. Éste es el invisible, pero efectivo aporte de nuestro nihilismo activo...”⁷

La correspondencia entre los nadaístas ofrece una lección reflexiva sobre la gestación de nuevos valores. La mayoría consideraba que el escritor debía guardar independencia frente al establecimiento y el poder. Que la literatura debía estar fuera de la corte. La ruptura temporal con Gonzalo Arango, por sus elogios al presidente Carlos Lleras, invita a pensar en los valores que en su momento defiende el colectivo. Y la correspondencia ofrece las respuestas de parte de Gonzalo Arango, quien reclama a sus colegas realismo, menos purismo, y exalta y recuerda, por encima de las diferencias, el valor de la amistad.⁸

Los nadaístas ofrecieron muy temprano una nueva mirada frente a los grandes prejuicios de todo orden: racismo, machismo, ateísmo y homosexualismo. Permitieron la inclusión en el grupo de los poetas homosexuales, sin estigma, ni rechazo. Leyeron escritores y pensadores prohibidos, no creyentes, y conversaron con naturalidad sobre ateísmo y sexo. Convivieron con los negros del Chocó. Visitaron a los indígenas del Vaupés. Durmieron en las calles. Convocaron y estimularon a los jóvenes a leer y escribir nueva poesía. A no temer convertirse en poetas. A leer y familiarizarse con las vanguardias

6. Eduardo Escobar. Correspondencia violada, A. 87. Pág.384.

7. Gonzalo Arango. *Obra negra*. Medellín: Eafit –Otraparte, 2016. Págs.. 239-245.

8. Gonzalo Arango. *Obra negra*. Un mundo para dos. Págs. 340-344.

y la nueva poesía universal. Cuestionaron las supersticiones. Jaime Jaramillo Escobar, en carta dirigida a Eduardo Escobar, comparó los múltiples efectos del nadaísmo con una “revolución psicológica”.⁹

Propusieron nuevas ideas estéticas y nuevos cánones: Gonzalo Arango acusa y ofrece invectivas y diatribas con dura ironía. Se refiere a los escritores oficiales como “vates y letrados de parroquia”, “momias”, “genios municipales”, “rufianes letrados”, “poetas que han envilecido la poesía”, “pléyade de impostores.”¹⁰

Alude con estos epítetos a Rafael Maya, Eduardo Carranza, Guillermo Valencia, Jorge Zalamea, Epifanio Mejía, Eduardo Caballero Calderón, y/o Julio Flórez. Es decir, a la nómina de los escritores consagrados por los textos oficiales, leídos en los colegios y universidades de los años 60, 70, y privilegiados por el poder.

Y ante la dificultad de publicar, y “la conspiración del silencio que se gestó contra el nadaísmo”, G.Arango contrapone nuevos conceptos: “Nuestra poesía no es para ser publicada sino para ser vivida, para salir por la puerta de la casa en busca de una mujer, de un amigo, o del aire.” Resalta una novedosa función vital y nutritiva de la poesía y le abre nuevas posibilidades. El uso, la finalidad y el servicio de la poesía se replantean y ensanchan. Introducen poco a poco las ideas estéticas de Flaubert y Nabokov y sus preocupaciones alrededor de la escritura. Así como Dewey trató de reformar el significado de la democracia, y Rawls los roles y relaciones de la filosofía y la política, el nadaísmo se esforzó en reformular los horizontes estéticos. Y renovó los cánones de la poesía colombiana y su lenguaje.¹¹ Los nadaístas expusieron nuevas propuestas estéticas en las distintas conferencias, textos y correspondencia. Gonzalo Arango las afirma en sus cartas. Eduardo Escobar las señala y comenta en sus libros ensayísticos: *Cuando nada concuerda* (2013) y *Cabos sueltos* (2017).

Elaboraron trabajos colectivos. Los nadaístas escribieron en equipo manifiestos, documentos, declaraciones, poemas-canciones, cartas y diatribas. La creación colectiva se convirtió en forma amurallada de protección y defensa. Como en *Fuenteovejuna*. Los primeros manifiestos nadaístas fueron

9. Jaime Jaramillo Escobar. Correspondencia violada. JJE.1. Pág.271

10. Gonzalo Arango. Correspondencia violada. Págs. 154, 170-172.

11. Gonzalo Arango. Correspondencia violada. A.28. Carta a Eduardo Escobar. Pág. 178.

tejidos conjuntamente. El manifiesto amotinado y el Primer manifiesto. Todos a uno aceptaron firmar. Con predominio de la puntería sobre el ego. Existen documentos colectivos como la convocatoria, anuncio y condiciones del Premio de poesía Cassius Clay, escrito por G. Arango, con la firma de todos. G. Arango habla en *Correspondencia violada* de “libros en pandilla”¹². Y su influencia se extiende al teatro colombiano de creación colectiva, que llega hasta nuestros días, como lo reconoce, por ejemplo, el teatro Matacandelas.

Cuestionaron el arte comprometido: Obra negra incluye un texto fundamental de Gonzalo Arango que cuestiona el “arte comprometido”, de moda en los años 60 y 70, y que algunos escritores de izquierda tratan de prolongar hasta nuestros días. El poeta señaló hace más de 50 años sus reducciones y límites. Sus contradicciones. Defendió principios básicos de independencia entre el arte y la política y abogó por la amplitud y libertad de temas, miradas, tonos, y posiciones del artista... El primer compromiso de la literatura es con la literatura, dirá. El único compromiso del escritor es con su escritura. El arte que sirve a la belleza y a la vida es el arte real. El arte que sirve intereses particulares es un arte enajenado. Estas opiniones de Gonzalo Arango son muy claras frente a las tendencias del arte comprometido, el realismo socialista, y el obligado compromiso del escritor. Y se expresan y desarrollan desde los inicios del nadaísmo, marcando distancias y diferencias, en cartas y manifiestos, con los escritores militantes. La misma posición crítica e independiente se expresa, hasta nuestros días, en los artículos, ensayos y columnas del poeta E. Escobar.

El *cuestionamiento* que hizo el nadaísmo de las *teorías del realismo socialista*, su intento de dominar y legislar el arte, y del llamado escritor comprometido, que forjaron los países de la izquierda leninista contra las teorías del arte por el arte y las vanguardias, fue, y sigue siendo, un aporte fundamental. Puestos a escoger entre Rimbaud, Verlaine, Baudelaire o T.S. Eliot, y los cánones uniformes impuestos por el marxismo, G. Arango declara la necesaria libertad del poeta¹³ frente a temas, formas, cánones, y normas exteriores, y su independencia frente a “estatutos revolucionarios”. Su condición de artista independiente y autónomo no casa con las tendencias del compromiso que instala la moda. Los nadaístas no coinciden con los ideales bolcheviques del hombre masa y el estado todopoderoso. Defienden las libertades individua-

12. Ibid., A.29.Pág. 189.

13. Gonzalo Arango. *Correspondencia violada*. Carta a Eugenio Evtuchenko. Págs. 206-213.

les. La libertad íntima de expresión. Las libertades civiles. Son también muy claras al respecto las palabras de Eduardo Escobar en *Cabos sueltos*.¹⁴ Los nadaístas rechazaron el dogmatismo marxista, la ortodoxia comunista, el espíritu doctrinario, y la imposición de la llamada “literatura comprometida que no es más que una vaga generalidad escolástica, de esas que limitan y sofocan el bello y fuerte ímpetu creador”.¹⁵

G.Arango en sus amistosas cartas-conversaciones con el poeta ruso Evtuchenko, cuestiona con valentía y lucidez la visión reductora y uniformadora del arte de los comunistas y señala con claridad sus diferencias. Se refiere a los “conceptos acartonados” y a “sus ideas fijas”. Al desconocimiento de la esencia del poeta y a la negación de su libertad y capacidad creativa. Sus ideas estéticas tienen hoy, año 2018, completa vigencia. Y sirven de reflexión para muchos de nuestros escritores que siguen censurando y etiquetando como reaccionaria la libertad de pensamiento en la escritura.

Defensa de la honra y la dignidad. Constituye un significativo y ejemplar aporte la defensa que hace Gonzalo Arango de su honra y dignidad. Contracusa a Jorge Zalamea que lo calificó de agente de la DEA. Sus palabras edifican la casación de una calumnia. Sin dinero ni abogados, los nadaístas tuvieron que defender su buen nombre y aprender a defenderse de injurias, vilezas y calumnias con su inteligencia y su propia escritura. La palabra del uno contra la palabra del otro. El testimonio como prueba. Y surge la diatriba con su poder dinamitero. Quedan hoy entre las cartas dos importantes textos: “Las jeremiadas de Zalamea” y “El señor Burundún Burundanga no ha muerto, pero apesta”.¹⁶

Gonzalo Arango y Eduardo Escobar siguen ofreciendo una reflexión muy importante en torno al artista como hombre común.¹⁷ El artista se desmitificó. Se bajó de la torre de marfil, se separó de los dioses. Los nadaístas hablan de las dificultades y éxitos del hombre. De sus amores y desengaños. De sus ilusiones y fracasos. De la pobreza material. De la fría soledad. Y presentan la condición humana del artista, soñador y sufriente, que tiene que luchar contra

14. Eduardo Escobar. *Cabos sueltos*. El compromiso de los escritores. Medellín: Eafit, 2017. Pág. 379-406 .

15. Gonzalo Arango. *Correspondencia violada*. Pág. 208.

16. Gonzalo Arango. *Correspondencia violada*. Págs. 134 – 137, 125-128.

17. Eduardo Escobar. *Cuando nada concuerda* . Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2013 y *Cabos sueltos*. Medellín: Eafit, 2017.

el hambre o las envidias, los odios o el alquiler, las deformaciones de la honra, o la dificultad de publicar y editar sus trabajos.

El esencial humor: la escritura de Gonzalo Arango es muy agradable y salpimentada con muchas formas de humor: sutil, juguetón, afinado, bailador, suave, negro, o sarcástico...lo mismo que se intercala en abundancia en los escritos de Eduardo Escobar y/ o Jaime Jaramillo Escobar. Los nadaístas sacudieron con la risa el mundo establecido, rígido, serio y formal. El humor permeó la vida cotidiana, la literatura y la cultura del país. Y constituyó un gran aporte para una capital tan tiesa y tan maja.

Continuando la tradición literaria de Tomás Carrasquilla, Fernando González y León de Greiff, los nadaístas renovaron los gustos literarios del país, y ayudaron a sacar la literatura colombiana de la rigidez predominante con su diverso y abundante humor. Ofrecieron un nuevo escenario festivo. "El humor fue para nosotros una terapia de urgencia en una república solemne que por cualquier nadería convoca un Te Deum con cardenal a bordo y el presidente y su bostezante gabinete, y que confunde la seriedad con la gravedad y lo ampuloso con lo bello".¹⁸ El pregón de la risa frente a la seriedad y solemnidad bogotanas amplió las fronteras de la literatura, recuperando los rieles de las mejores tradiciones antioqueñas y universales. El humor y la ironía, necesarios y excelsos componentes del buen arte, abundan en la escritura de los nadaístas. E intensifican la alegría y el placer de la lectura. La crítica bogotana no los entendió.

Los nadaístas condujeron en Colombia *una pertinente y valiosa reflexión*, -impulsada por el pensamiento de Sartre y los existencialistas-, *sobre la lectura y la escritura, y los caminos de la literatura*, en instituciones, parques, escuelas, plazas, librerías y academias. Inauguraron un diálogo precoz, lúcido e iluminador, entorno a los fines, la naturaleza, las libertades esenciales, y las funciones de la literatura, que fue formulado por los nadaístas antes de que llegaran a las academias colombianas Baktine y Barthes y Kristeva, y los estructuralistas, y los semiólogos, y los psicoanalistas que también recorrieron esos caminos. Un diálogo modernizador iniciado por Gonzalo Arango, el mayor en edad, y que continúa hoy abierto con la enriquecedora escritura y los libros reflexivos de Eduardo Escobar, el más joven del grupo.

18. Eduardo Escobar. *Cabos sueltos*. Pág. 115.

Muy importante fue *la desmitificación de la religión y el dios católico*: El manifiesto al congreso de escribanos católicos celebrado en Medellín en 1959, es un texto fundamental¹⁹: Atrevido, jocoso, irónico, y valiente. Los nadaístas, influenciados por el pensamiento de Nietzsche y de Russell, se declaran tempranamente escépticos frente a las llamadas verdades reveladas.²⁰ Dios. Diablo. Pecado. Infierno. Segunda vida. Distantes de la moral oficial, cuestionaron con ironía y humor la metafísica del catolicismo. Promesas. Dogmas. E ilusiones. Su valiente postura crítica e iconoclasta marcó distancia con el viejo orden señalando otras alternativas al pensamiento y a la vida²¹.

Gonzalo Arango, un escritor con recurrentes oscilaciones y contradicciones, regresa al final de su vida al misticismo y a la religiosidad bajo la influencia de su última novia. Los primeros manifiestos, escritos y proclamas sintetizan las propuestas más independientes, reflexivas, y avanzadas. Y corresponden a las lecturas más importantes y a las posturas intelectuales más sobresalientes del movimiento. El nadaísmo, dirá G.Arango “se fundó como respuesta a las razones tradicionales de la vida.” Si después regresa a algunas posiciones tradicionales, no podemos dejar de entusiasmarnos con su visión, de hombre libre, y leal consigo mismo, que plasma en los primeros manifiestos y cartas, y que recogen posteriormente algunos textos de aguda puntería de *Última página* y *Obra negra*.

Para terminar esta reflexión y evaluación de los logros y aportes del nadaísmo quisiera ceder la palabra al poeta Eduardo Escobar quien hace un balance detallado en sus libros de ensayos *Cuando nada concuerda* (2013), y *Cabos sueltos* (2017):

“La obra de los nadaístas abunda en descubrimientos felices y está por explorar. Las pinturas de Norman Mejía, los dibujos del primer Álvaro Barrios y los textos de Amílcar Osorio no han sido valorados con justicia.” (...) Las pinturas, los poemas y las prosas de los artistas del nadaísmo cancelaron un viejo modo de ser y de hacer. Honraron las cosas del siglo, el lenguaje de la ciencia y los nombres de los artículos de consumo masivo, probando una nueva sensibilidad y un nuevo vocabulario que ensanchara el lenguaje

19. Eduardo Escobar. *Correspondencia violada*. Manifiesto al congreso de escribanos católicos. Págs. 47-51.

20. Gonzalo Arango. *Correspondencia violada*. Diario de un presidiario nadaísta. Pág. 53.

21. Cuatro nadaístas pasaron por el seminario : Amílcar Osorio, Eduardo Escobar, Guillermo Trujillo, y Darío Lemos.

poético en consonancia con los tiempos.”²² “Algunos críticos embotados por los prejuicios pretenden descalificar (...) y negar los logros del nadaísmo. Pero es imposible negar que los nadaístas consiguieron el milagro de poner, por un momento, la poesía de moda, y la sociedad colombiana a tono con las angustias del siglo, con sus ilusiones más brillantes y sus peores augurios...Y los jóvenes más puros y auténticos y más necesitados de verdad aún recurren a la poesía del nadaísmo.”²³

Creemos que la crítica bogotana fue bastante mezquina y miope, y que algunos críticos antioqueños también se equivocaron en su intento evaluativo: Carlos Gaviria, que dijo que el nadaísmo era más importante como crítica social que como literatura. Una afirmación incompleta, que desconoció la existencia de los elementos propiamente literarios. Como el excelso trabajo poético de Amílcar Osorio, o algunas páginas de amplio contrapunto, humor e ironía de Gonzalo Arango, de alto valor tanto crítico como literario. Y por pesar el tamaño de las obras, no percibió la calidad y pertinencia de los ensayos de Eduardo Escobar. Y Alberto Aguirre, quien afanado en descalificar y disminuir a los nadaístas, y recopilando una vieja inquina, ofreció una crítica parcializada y tendenciosa.

La revista de la Universidad de Antioquia en su número 327 inicia un nuevo camino: camino necesario y riguroso de estudio y análisis de los distintos valores de la escritura y la pintura de algunos nadaístas, distanciándose de la crítica mayoritaria, recicladora de chismes y anécdotas trilladas.

Bibliografía selecta

Arango, Gonzalo. *Obra negra*. Medellín: Eafit-Otraparte, 2016.

_____ *Última página*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2016.

_____ *Sexo y saxofón*. Medellín: Eafit- Otraparte, 2017.

Escobar, Eduardo. *Gonzalo Arango. Correspondencia violada*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1980.

_____ *Gonzalo Arango*. Bogotá: Procultura, 1989.

_____ *Nadaísmo crónico y demás epidemias*. Bogotá: Arango Editores, 1991.

22. Eduardo Escobar. *Cuando nada concuerda*. Págs. 163.

23. Eduardo Escobar. *Cuando nada concuerda*. “Sucedió en un equivoco paraíso”. Págs. 162.

- _____ *Manifiestos nadaístas*. Bogotá: Arango Editores, 1992.
- _____ *Prosa incompleta*. Bogotá: Villegas Editores, 2003.
- _____ *Cuando nada concuerda*. Bogotá: Siglo del Hombre, 2013.
- _____ *Cabos sueltos. La lectura como pecado capital*. Medellín: Eafit, 2017.
- _____ *Las rosas de Damasco y otros relatos*. Medellín: Ed. Sílabas, 2017.
- Jaramillo, María Dolores. Eduardo Escobar. Número monográfico *Revista Aleph*, No. 168, Manizales, enero-marzo, 2014.
- _____ *La poesía erótica de Amílcar Osorio*. *Revista Aleph*, No.181, Manizales, abril- junio, 2017. Págs. 40-52.
- Revista Universidad de Antioquia* No. 327, enero-marzo, 2017. Págs. 48-72.



El libre pensamiento

Moisés Wasserman L.

Este libro* reúne algunas de las columnas que he venido escribiendo semanalmente para el periódico “El Tiempo”. Me han preguntado de dónde ha salido la inquietud y el talento (si lo hay) para escribirlas. La pregunta no es trivial. Soy químico, con doctorado en bioquímica, posdoctorado en microbiología y me he dedicado toda la vida a la investigación y la docencia en esos campos. La escritura ha sido pues parte de mi actividad profesional. Pero ha sido una escritura muy diferente a la presentada acá. Artículos científicos, tesis, e informes. Todos muy técnicos, la inmensa mayoría en inglés, llenos de referencias a trabajos relacionados, en un idioma técnico ininteligible para los no iniciados, repletos de tablas y gráficas que si bien hacen mucho más claro el mensaje, interrumpen, en el texto, cualquier estructura semejante a un relato. Es decir, he escrito mucho profesionalmente, pero una escritura que tiene poco que ver con una columna periodística para el público general.

La extrañeza por esta actividad periodística de quienes conocen mi trabajo profesional deriva, al menos en parte, de un estereotipo equivocado sobre los científicos. La gente a veces ima-



* Introducción en la obra “Cómo tener siempre la razón y otras columnas sobre ciencia y sociedad”, de Moisés Wasserman L. Ed. Fondo de Cultura Económica, FCE (colección Tierra Firme), Bogotá 2018. ISBN: 978-958-8249-42-1

gina que estamos metidos en el laboratorio y ni nos interesa, ni tenemos el tiempo de mirar el mundo que se ve desde la ventana. No es cierto en muchos casos. Gran parte de quienes trabajan en ciencia tienen permanentemente la preocupación del impacto que va a tener su trabajo en la sociedad. Los que educan estudiantes desde el pregrado hasta el doctorado, necesariamente tienen que tener una fuerte preocupación por su influencia en su formación y en su vida. A pesar de que trabaje en las ciencias naturales, un investigador y profesor consciente no puede dejar de ser también un investigador social y en cierta forma un humanista. Conozco pocos que no sean buenos y dedicados lectores.

El problema de falta de tiempo es real, y seguramente es una de las causas para que no haya más científicos escribiendo novelas, ensayos y columnas. Yo lo intenté esporádicamente durante mi vida profesional, cuando sucedía algo que me parecía importante o urgente que la gente supiera y que pasaba totalmente desapercibido en la prensa general. Hice algunas contribuciones al excelente fascículo semanal que eran las Lecturas Dominicales de El Tiempo. Entre ellas recuerdo como ejemplos la celebración por el cincuentenario de la doble hélice de ADN, en la que traté de explicar por qué la descripción química de una molécula era una extraordinaria revolución científica. Escribí una nota necrológica por Salvador Luria explicando el significado de su trabajo pionero en microbiología y genética. En otra ocasión analicé la sociedad compleja de los “topos desnudos”, mamíferos que se comportan socialmente en forma parecida a las hormigas. Describí unas moléculas maravillosas, los “buckmunsterfullerenos”, cuando se dio el premio nobel por su descubrimiento y por la elucidación de su estructura (que por cierto se le debe a un químico y a un arquitecto - el nombre es en honor al arquitecto). En alguna ocasión traté de explicar, usando la evolución, la necesidad de un sistema nacional de ciencia diverso y libre. Un artículo de ese tipo sobre las vacunas y los “anti-vaxxers”, publicado en la revista El Malpensante, mereció (muy sorpresivamente para mí) un premio Simón Bolívar al periodismo analítico.

Durante el tiempo en el que desarrollé mi actividad profesional, asumí ocasionalmente responsabilidades de dirección y de liderazgo. Una primera fue la dirección general del Instituto Nacional de Salud, y otra la rectoría de la Universidad Nacional de Colombia. En las dos ocasiones me encontré en medio de debates sociales y políticos que involucraban a la institución que dirigía y a sus funciones sociales. La participación en esos debates era im-

portante, más aún, era un deber. La forma que encontré más apropiada fue la de la columna periodística. Con ella podía aportar ideas y llegar a un público interesado más amplio que al que se llegaba en reuniones cerradas, a las que usualmente asistían quienes estaban de antemano de acuerdo con uno.

Es decir, en todas las ocasiones que acabo de describir, me tocó pasar de la escritura técnica y de un idioma rigurosamente preciso, a veces casi un dialecto de gremio para un grupo de colegas expertos, a una sencilla y clara para cualquier lector y que ojalá fuera lo suficientemente interesante como para mantenerlo leyendo hasta el final de la columna.

Algunas cosas conservé, que son posiblemente una deformación profesional, pero que yo me hago la ilusión de poder llamarlo estilo. Espero haber trasladado a este campo el principio del ahorro de palabras. Una idea debe expresarse con el mínimo de palabras que la hagan clara y sin ambigüedades. (Eso lo dijo Einstein hace tiempo, “todo debe simplificarse cuanto sea posible, pero no más que eso”). No fue difícil viniendo de donde vengo disminuir los adjetivos al máximo, y tratar de limitar las conclusiones y los juicios a aquellos permitidos por las reglas de la lógica y derivados de hechos demostrables. Además he tratado de mantenerme fiel a algunos principios. Uno es que si dan la oportunidad de expresarse hay que decir algo, no simplemente hilar palabras. Otro, que analizar y controvertir ideas es una tarea tan importante que no se debe perder esfuerzos insultando a quien las propone.

Las lecturas que he hecho a lo largo de la vida y las que hago hoy en libros generales, así como en revistas científicas, me sugieren temas que pueden ser interesantes, que pueden dar luz sobre un problema actual, o a veces, sobre un problema eterno pero siempre inquietante. La lectura del periódico me da algo de visión de actualidad. La lectura de los mensajes en las redes sociales me deja ver las percepciones de la gente. Trato de no dejarme envenenar. Espero mantenerme crítico ante lo que me parezca falso o incorrecto, sin dejarme seducir por la cómoda aprobación que acompaña a quien repite lo popularmente aceptado, aunque no sea cierto.

El Profesor Gonzalo Cataño recuerda al maestro Darío Mesa

Entrevistado: Gonzalo Cataño, Doctor en Sociología del Derecho. Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor-Investigador de la Universidad Externado de Colombia.

Entrevistadores: Wilson Ladino, profesor de la Escuela Superior de Administración Pública, y Wigberto Castañeda, sociólogo, egresado del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional.

Bogotá, junio de 2018



WILSON LADINO: *Profesor Cataño, usted es sobrino de Gerardo Molina quien era rector de la Universidad Libre cuando Darío Mesa fue profesor y director del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Educación, entre el 1961 y 1964.*

GONZALO CATAÑO: Molina, que no era marxista, estimaba mucho a Mesa. Apreciaba sus trabajos de los años cincuenta y sus labores docentes en la Libre. Se conocían de tiempo atrás. Mesa había sido su colaborador en la *Revista Horizontes* y poco después Molina le ayudó a conseguir una beca para una estadía en Alemania.

LADINO: *En los años cincuenta y principios de los sesenta Mesa tiene lo que yo llamaría tres ensayos mayores. El texto polémico “Mito, revista de las clases moribundas”; el ensayo que tanta fama le dio, “Treinta años de historia de Colombia”, y “El problema agrario en Colombia”, un informe para el INCORA.*

CATAÑO: Efectivamente. Creo que se deberían reunir estos ensayos y otros más en un volumen compacto. Con ello tendríamos un material más completo para valorar sus esfuerzos intelectuales y políticos de juventud.

LADINO: *De hecho, me enteré de que la Universidad Nacional tiene un programa de obras de los grandes maestros. Creo que ya aprobaron la publicación de unos textos de Mesa. Están en eso.*

CATAÑO: Ojalá le compilen los más desconocidos, aquellos que escribió para *Cromos* y *Semana*. Los que usted ha mencionado se pueden consultar con alguna facilidad. Han sido reeditados y las revistas donde aparecieron originalmente se encuentran en las bibliotecas universitarias. Recuerde que Mesa fue marxista durante toda su vida y que su obra, la de juventud, está unida a la lucha política de izquierda. Marx fue su marco primigenio de referencia. Su posterior conocimiento de Weber y Hegel le confirió sin duda cierta fluidez a sus análisis, pero él nunca logró desembarazarse del legado de Marx –de Lenin y Stalin especialmente– dos autores básicos en su formación que lo condujeron al amor de su vida, al examen de la experiencia de la revolución rusa de 1917. Esta inclinación lo llevó, inclusive, a aprender ruso para seguir de cerca la construcción del socialismo en la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas).

Desde sus años en la Escuela Normal Superior, donde hizo sus estudios universitarios, comenzó a leer las obras de Marx y Engels. Poco después, hacia 1944 ingresó al Partido Comunista. Fueron días de mucha ortodoxia, como lo muestra el ensayo citado “Mito, revista de las clases moribundas” de 1955, donde las figuras de Stalin y Mao Tse Tung son fuente de aplausos y de palmaria y piadosa reverencia. Allí alabó la experiencia China en asuntos agrarios y exaltó el humanismo, el amor por la humanidad, del conductor de la Unión Soviética recientemente fallecido. “Cuando uno lee –afirmó– la ley de reforma agraria en China advierte que esa disposición gubernamental es un extraordinario documento del humanismo proletario porque en cada una de sus palabras está presente aquello de que *el hombre es el capital más precioso* según palabras de Stalin”. Pocos años más tarde, sin embargo, el yugoeslavo Milovan Djilas, autor que Mesa conocía bien, escribió en sus *Conversaciones con Stalin*: “Desde el punto de vista del humanismo y de la libertad, la historia no ha conocido un déspota tan brutal y cínico como él [...] Mírese como se mire no se le puede negar la gloria de haber sido el más grande criminal de la historia, y esperemos que nadie venga a arrebatársela”. Djilas estaba pen-

sando en las hambrunas ucranianas de los años treinta; en la masacre de más de catorce mil policías y oficiales del ejército polaco en el bosque de Katyn; en los juicios amañados de Moscú –donde se ejecutó a los dirigentes bolcheviques que participaron en la revolución de 1917–, y en el gulag, los campos de trabajos forzados que cegaron la vida de millones de hombres y mujeres del orbe soviético. Quienes duden de la matanza de Katyn pueden repasar el *Katyn* de Andrzej Wajda, la película que registra la manera como miles de soldados polacos fueron asesinados de un tiro en la nuca.

Esta deificación soviética continuó después del xx Congreso de 1956 del Partido Comunista de la URSS, donde Jrushchov denunció los crímenes de Stalin, denuncia que el Mesa de aquellos días calificó de mera “novela política alrededor de Stalin”. No soportaba que le sacudieran a sus héroes más queridos. En una entrevista que concedió a *Mito* –en calidad de representante de la “extrema izquierda”–, con ocasión del levantamiento húngaro contra la dominación soviética, que terminó con la ejecución del dirigente socialista Imre Nagy en junio de 1958, afirmó: “Nagy fue un contrarrevolucionario [...] Lo que uno puede comprobar es que, si la clase obrera y sus aliados recurren a la violencia, lo hacen por imposición de la violencia previamente desatada por sus enemigos. Aún más, la violencia revolucionaria restringe la actividad violenta de la reacción [...] Lo que vemos claramente [con el ahorcamiento de Nagy] es la utilización de su cadáver como proyectil de corto alcance en la lucha contra la URSS, contra el movimiento comunista internacional y, como último término, contra el pueblo trabajador del mundo entero”. Y concluyó: “La revolución que Nagy buscó frustrar ha hecho de la Unión Soviética –un país que hace cuatro decenios se encontraba en varios planos más atrasado que Colombia– la fortaleza avanzada de los pobres del mundo [...] y la concreción más sólida y auténtica, pese a sus defectos y a sus limitaciones, del humanismo, y no solo del *humanismo* proletario”.

Hablemos ahora un poco de su formación. Por la Escuela Normal Superior iban y venían profesores venidos de la Europa de Hitler y de Franco. Alemanes que huían del nazismo y de refugiados españoles que escapaban de la dictadura franquista. Los más señalados eran Francisco Cirre, un antiguo alumno de Henri Pirenne; Pablo Vila, formado en el legado de Vidal de la Blache, y los alemanes Rudolf. Hommes y Gerhard Masur, herederos de la mejor tradición humanista de la Alemania de fines del siglo XIX y principios del XX. Yo acabo de compilar los ensayos que Masur publicó en Colombia bajo el título Paisajes del espíritu. Masur vivió diez años en el país y aquí escribió su nota-

ble biografía de Bolívar. Fue el profesor de mayor impacto entre el grupo de estudiantes de ciencias sociales de la Normal Superior, y Mesa lo recordaría durante toda su vida. Tenía una sólida formación en filosofía, historia y crítica literaria. Había sido alumno privilegiado de Friedrich Meinecke, el gran historiador de las ideas, y estaba muy familiarizado con la historiografía alemana del siglo XIX. Era un especialista en Leopold von Ranke, sobre el que había hecho su tesis doctoral.

LADINO: *Sí, yo leí el Simón Bolívar. Recuerdo que en la introducción decía algo así como: “yo llegué a Bogotá y me puse a pensar qué haría en este pueblito. Empecé a hacer la biografía del Libertador, pero nunca pensé que me fuera a gastar tanto tiempo”. Se gastó como ocho años en eso.*

CATAÑO: Sí, es una excelente biografía, si no la mejor. Además de eso, él publicó una serie de ensayos alrededor de su cátedra de historia moderna que dictó por varios años en la Normal. Los cursos que después recibí de Jaramillo Uribe y de Darío Mesa eran una réplica de las clases de Masur. Estudiamos el Renacimiento y los siglos XVI, XVII y XVIII hasta la Revolución Francesa. En 1946 Masur se fue a Estados Unidos y allí continuó sus estudios de historia de las ideas que compendió en su fascinante *Profetas de ayer*, una historia de la cultura europea entre 1890 y 1914. En muchos aspectos es un precursor de la celebrada *Viena fin-de-siècle* del norteamericano Carl Schorske, que cubre un periodo semejante para el caso del imperio austro-húngaro.

LADINO: *¿Y el viaje de Mesa a Alemania?*

CATAÑO: Su estadía en Alemania en 1962 y 1963 fue muy gratificante. El hecho de estar casi dos años en la tierra de sus héroes –Marx, Hegel y Weber– constituyó una gran experiencia para alguien que no había pasado antes por el Viejo Mundo. Se fue detrás de su esposa Alicia Guerrero, quien se había hecho a una beca para estudiar al joven Marx y al Hegel de la *Fenomenología del espíritu* en la Universidad Karl Marx de Leipzig. Contaba con una subvención y con la amistad del americanista Manfred Kossok (1930-1993), quien había estado en Bogotá por unos meses dictando conferencias. Su objetivo no era alcanzar un título. Su edad no era la mejor aliada para sentarse de nuevo en la butaca escolar y atender clases, hacer deberes y presentar una tesis de grado. Su Alemania, la Oriental, era una estadía, una experiencia extranjera para leer, desarrollar el idioma y observar el desenvolvimiento de un país socialista. A veces daba una charla en el seminario de Kossok, autor conocido en América Latina por su libro *El virreinato del Río de la Plata*. Rápidamente se

dio cuenta de que el socialismo estaba muy lejos de las imágenes creadas por las doctrinas de prosperidad y realización personal difundidas por los ideólogos del marxismo-leninismo. Halló que no había libertad de prensa y que el contenido de los periódicos era una extensión de los intereses soviéticos. No circulaban libros ni revistas occidentales y los profesores de ciencias sociales invertían más tiempo en la enseñanza del “socialismo científico” que en el estudio serio y responsable de sus disciplinas. La vida cotidiana estaba regida por una opacidad del pensamiento y una molicie de la voluntad. El mismo Kossok, nacido en la ilustre Breslau –la tierra de Ferdinand Lassalle, Ernst Cassirer, Emil Ludwig y Norbert Elias– fue amonestado en la RDA por su liberalidad y su interpretación abierta del materialismo histórico. Alicia Guerrero también se sintió frustrada. Abandonó la idea de graduarse y regresó al país con sus abundantes lecturas de Hegel y de Marx en lengua original. Con los años estudió física y su experiencia filosófica la llevó a la teoría de la ciencia, un campo muy afín a su cátedra de física teórica en la Universidad Nacional.

Cuando Mesa regresó al país ya no era el mismo. Había conocido el socialismo real, la sociedad por la cual tanto había luchado en el pasado. Abandonó sus adhesiones políticas y emprendió su carrera docente con dedicación y entrega. Es cierto que jamás abandonó a Marx, pero ahora lo usaría para estudiar el mundo, no para transformarlo. Esto último se lo dejaría a los políticos activos y a los predicadores de estadios de felicidad y prosperidad.

LADINO: *¿Cuándo conoció al profesor Mesa?*

CATAÑO: En estricto sentido en 1965 cuando ingresó a la Universidad Nacional, aunque ya lo había visto varias veces en La Gran Colombia, una librería muy concurrida por los intelectuales de izquierda en el centro de Bogotá. Lo veía de lejos hojeando las novedades y conversando con sus amigos y con los dueños de la librería. Hablaba de los sucesos del momento, de política especialmente. En una ocasión me lo presentó Francisco Posada Díaz cuando se paseaba con Alicia Guerrero por la carrera séptima, pero esto fue solo un apretón de manos, esa cortesía que se olvida tan pronto las personas continúan su camino.

LADINO: *¿En qué momento entró usted a Sociología?*

CATAÑO: En febrero de 1964. Por allí estaban Fals Borda, Camilo Torres, Eduardo Umaña Luna, Juan Friede y varios profesores norteamericanos. El

énfasis de la Facultad era la sociología rural, la especialidad de Fals. A veces aparecía el padre Germán Guzmán, el autor central de *La violencia en Colombia*, el libro más discutido de ciencias sociales en los sesenta. También estaban el español Tomás Ducay, profesor de humanidades; el geógrafo Ernesto Guhl; el profesor de metodología e introducción a la sociología Carlos Escalante, y los egresados de la Escuela Normal Superior Milcíades Chaves, Virginia Gutiérrez, Roberto Pineda y Miguel Fornaguera, un profesor de ciencias sociales con intereses en geografía que apenas investigaba a pesar de que era el Jefe de la Sección de Investigaciones del Departamento de Sociología de la Nacional.

El Fals de aquellos años, el alma de la Facultad, nada se movía sin su aquiescencia, era muy distinto al que hoy conocemos. Era un “científico”, un investigador de campo con gran experiencia en la observación de los modos de vida rurales. Para ese momento era autor de dos libros notables: *Campesinos de los Andes* y *El hombre y la tierra en Boyacá*. Nunca se interesó por el mundo urbano. Los trabajadores del campo eran su pasión; tenía gran sensibilidad para entender sus problemas y gran capacidad para describir sus condiciones de vida. Conocí bien a Fals. No solo fue mi profesor sino también una especie de acudiente, persona que responde por un joven en ausencia de sus padres. Me prestaba dinero cuando escaseaban mis recursos y me reprendía cuando no manejaba bien mi mesada. Por un semestre fui inclusive su chofer. Lo transportaba de un lugar a otro. Lo llevé varias veces a Saucío, la vereda del municipio de Chocontá que había estudiado en *Campesinos de los Andes*. Quería examinar de nuevo la comunidad para observar las transformaciones después de quince años. Estaba diseñando una especie de *panel*, el recurso – muy usado por Paul Lazarsfeld y sus asociados en Norteamérica– de entrevistar a las mismas personas en diversos momentos para evaluar el cambio de sus percepciones. Él me enseñaba las bondades de esa técnica y me recomendaba la lectura del último capítulo del instructivo *Dígalo con números* del vienés Hans Zeisel. El trabajo no cuajó y Fals lo abandonó por otros proyectos. También le hacía mandados: distribuir el correo, recoger los profesores visitantes en el aeropuerto, mostrarles la ciudad y traerlos al *campus*. Esto me permitió conocer a personas como Torcuato Di Tella, un especialista en la clase obrera argentina, y a la chilena Marta Harnecker, una filósofa marxista formada en los seminarios de Louis Althusser, que se haría muy famosa con la publicación de *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, un *best seller* que alcanzó a tener más de cincuenta ediciones en las prensas de la editorial Siglo XXI de México.

Yo estaba en el Consejo Estudiantil de la Facultad a finales de 1964 y en una reunión Fals anunció que iba a traer a un docente de la Universidad Libre que acababa de llegar de Alemania para enseñar historia y teoría sociológica y escribir un libro sobre historia de Colombia: el profesor Darío Mesa. Muchos lo conocían, especialmente por su ensayo “Treinta años de historia colombiana” difundido por la revista *Mito* en 1957. Era un trabajo escrito con mucha fuerza, que mostraba el desenvolvimiento económico, social y político del país entre 1925 y 1955. Sus secciones dejaban ver a un autor seguro de sí mismo y muy comprometido con las luchas políticas de los años cincuenta. Esto era mucho más claro en la edición del mismo ensayo en la *Revista Horizontes* (abril-mayo de 1957), donde apareció con un título de evidente intención política: “Para una posición del pueblo”. Esta versión, más extensa que la de *Mito*, traía una nota relacionada con la caída de Rojas Pinilla, seguida de unas páginas sobre las posturas de los partidos tradicionales ante la dictadura. Las preguntas eran: ¿qué deben hacer las masas una vez se regrese a la democracia? ¿Apoyar a los liberales y a los conservadores que buscan la salida de Rojas? ¿Aliarse con la burguesía nacional o emprender un camino autónomo? El ensayo hizo carrera, y a los editores de *Mito* se les debe el título más acertado: “Treinta años...” La insignia de *Horizontes* era pasajera y solo relevante para el momento.

LADINO: ¿Ése era su conocimiento de Darío Mesa en 1964?

CATAÑO: Efectivamente. Mesa llega y se estrena con un curso de historia moderna que cubría los siglos XVI, XVII y XVIII. Los textos que seguíamos eran *Los siglos XVI y XVII* de Roland Mousnier y *El siglo XVIII* de Mousnier y Ernest Labrousse, dos volúmenes de gran formato de la colección “Historia General de las Civilizaciones” dirigida por Maurice Crouzet. Eran dos obras de síntesis, como las saben hacer los franceses cercanos a la escuela de los *Annales*, que registraban la decadencia de Oriente, el descubrimiento del Nuevo Mundo, las tensiones políticas de los principados y el progreso de la ciencia y la técnica en Occidente. Con este curso, y con los que después tomé con Jaramillo Uribe sobre historia moderna y teoría de la historia, me podría considerar un estudiante a distancia de Gerhard Masur, un alumno de los alumnos de Masur. Pero nunca apareció el libro de historia de Colombia para el cual había sido nombrado. El compromiso se fue escabullendo de su mente y de la memoria de las directivas. Eran, por lo demás, los años del surgimiento de la Nueva Historia con Jaramillo Uribe a la cabeza, y Mesa no estaba dispuesto a internarse en las bibliotecas y en los archivos de la capital.

No tenía el entrenamiento para eso y le faltaba voluntad y arrostros para la investigación empírica.

LADINO: ¿Y Max Weber?

CATAÑO: Después vino el curso sobre Weber, la innovación docente más festejada de Mesa que dejó una huella imborrable en Sociología. Mesa, que se guardaba cierta majestad, llegaba al salón, abría un cuaderno y comenzaba su exposición. A veces llevaba su ejemplar del primer tomo de *Economía y sociedad*, vertido al español por don José Medina Echavarría, en la edición de 1944 del Fondo de Cultura Económica de México en cuatro volúmenes. Al principio no entendíamos mayor cosa, pero él era muy laborioso y su paciencia con nosotros parecía infinita. Exponía pausadamente y todos escuchábamos arrobados. Estaba en su mejor momento. En 1966 contaba con 45 años de edad y su voz era serena, clara y elegante. No subía el tono pero tampoco lo bajaba; reprimía la oratoria y se cuidaba de la prédica. Se expresaba con modulaciones estudiadas para ganar la atención de su juvenil auditorio siempre en peligro de distraerse. Su idioma era rico en matices y enriquecía nuestro léxico. Recuerdo que con él aprendí la palabra *cortapisa*, que nunca había escuchado, para aludir a limitación o restricción de algo, o el elegante giro *poner énfasis en* para reemplazar el deslucido *enfaticar*, un anglicismo que hacía carrera y que terminó por afincarse en el diccionario de la Academia de la Lengua.

Fue una asignatura muy refrescante. Los cursos que veíamos eran los tradicionales de metodología, estadística, geografía, historia e introducción a la sociología. La teoría sociológica se la dejábamos a los manuales, a libros como *La teoría sociológica, su naturaleza y desarrollo* del amable petersburgués radicado en Estados Unidos, Nicolás Timasheff. Y de pronto aparece un curso de teoría sociológica de gran peso sobre Weber. Esto fue una sorpresa, algo raro, muy raro y nunca visto en la Facultad. El curso tuvo gran recibo. Es cierto que no vimos todo Weber, pero sí lo esencial para sentar las bases de su posterior estudio por cuenta propia. Leímos la *Ética protestante*, las conferencias “La política como vocación” y “La ciencia como vocación”, y enseguida nos adentramos de lleno a los capítulos iniciales de *Economía y sociedad* dedicados a los conceptos. Todos gagueábamos cuando nos preguntaba ¿qué es acción social?, ¿cómo se construye un tipo ideal?, ¿cómo se debe entender el proceso de racionalización? ¿cuáles son los elementos esenciales de las tres formas de dominación?, etc, etc. Recuerdo que en una ocasión me llegó el turno. Me interrogó:

– Señor Cataño, ¿qué es poder para Weber?

– ¿Poder?

– Sí, poder señor Cataño.

– Mmm, creo que se trata de la probabilidad de incidir en la conducta de los otros.

– ¿Por qué probabilidad?

– Porque el que ejerce la dominación no está seguro de que los demás le obedezcan.

Ante respuestas tan escuetas y memorizadas él se explayaba en explicaciones para tratar de que el vocabulario de Weber no quedara en el vacío. Con su ayuda vimos la parte más árida de *Economía y sociedad*, aquella que no hubiéramos estudiado si no fuera por su tenaz voluntad docente semana tras semana, mes tras mes. Pensaba que si nos habituábamos a los conceptos de la sociología comprensiva, lo demás vendría por añadidura. Y así fue. Después de despachar las primeras doscientas páginas de *Economía y sociedad*, Mesa pasaba a los capítulos más descriptivos, como las formas de dominación, el examen de las comunidades políticas y la teoría del Estado de Weber. Nunca leímos la *Historia económica general*, el libro síntesis de la postura weberiana. Lo recomendaba sin duda, pero lo dejaba para lectura individual. Pensaba, con razón, que los cursos de historia moderna ayudarían a su comprensión. Y a quienes nos acercábamos a su oficina, siempre abierta a sus estudiantes, nos recomendaba el estudio de Henri Pirenne para saldar cuentas con la desintegración del imperio romano y el surgimiento y desarrollo de la Edad Media. Después deberíamos pasar a los *Orígenes del capitalismo moderno* de otro Henri, de Henri Sée. Sin estas ayudas –afirmaba– la *Historia económica general* se haría oscura, pesada e incomprensible. Sabía que el volumen, analíticamente generoso, era espeso y abreviado con secciones casi telegráficas. No en vano el libro era una reconstrucción de las conferencias dadas por Weber en Munich en 1919-1920, poco antes de su muerte.

LADINO: ¿Estudiaban los ensayos metodológicos?

CATAÑO: No. Mesa los discutía por su lado, especialmente en lo que tenía que ver con la objetividad en las ciencias sociales. Lo demás lo estudiábamos en las conferencias sobre la ciencia y la política como oficios vocacionalmente orientados.

LADINO: *¿Mesa unía a Weber con la sociología del momento? ¿Con Aron, Parsons y Merton por ejemplo?*

CATAÑO: No. Él sabía que la mejor sociología del momento tenía un pie en Marx, Durkheim y Weber, pero nunca nos hablaba del uso de Weber por parte de un sociólogo más recientes. Además, no recomendaba la literatura secundaria para aliviar el peso de los textos de Weber. El orientador libro de Reinhard Bendix nos llegó tarde, quizá Mesa lo tenía en la edición inglesa y lo usaba en sus exposiciones. Él quería que aprendiéramos a Weber *por* Weber, no por mediación o destilación de otro pensador por notable que fuera.

LADINO: *¿En la enseñanza de Weber proponía el estudio de otros autores como Rickert?*

CATAÑO: Mencionaba mucho a Rickert y a Windelband, pero sobre todo a Dilthey. Ellos le servían para subrayar las diferencias entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu y para examinar la noción de *comprensión*, punto central en la metodología weberiana. Junto a ellos estaba Simmel, pero Mesa no parecía concederle demasiada importancia. Estos autores provenían de las enseñanzas de Masur, un alumno, como ya hemos dicho, de Meinecke, discípulo de Dilthey y amigo personal de Weber. Eran casi de la misma edad: Meinecke de 1862 y Weber de 1864. Masur escribió sobre Weber, Dilthey y Hegel. Recordemos sus conferencias de 1936 sobre “La filosofía y la política”, donde se subrayaban los nombres de Weber y de Hegel. Ahora se pueden consultar con comodidad en el mencionado libro *Paisajes del espíritu* publicado por la Academia Colombiana de Historia.

LADINO: *Un hecho interesante es la biblioteca de la Normal Superior. Tenía más de 20.000 volúmenes en varios idiomas. El rector José Francisco Socarrás se preocupó porque la biblioteca estuviera al día para consulta de profesores y estudiantes.*

CATAÑO: A propósito de todo esto, Jaramillo Uribe cuenta en su memorias que él aprendió alemán en las obras de Hugo von Hofmannsthal que se encontraban en la biblioteca de Masur. Cuando Masur se fue a Estados Unidos dejó sus libros en manos de Carlota, su esposa. Carlota se quedó en Bogotá y vivía de la enseñanza del alemán y de la administración de una residencias para profesores y estudiantes.

LADINO: *Entonces, ustedes reciben ese curso de Weber que es un refresco, una visión más amplia de la sociología que se enseñaba hasta ese momento en la Facultad. ¿También recibieron cursos de Marx?*

CATAÑO: No, eso vino después cuando yo ya me había graduado y trabajaba en Tunja. Pero me quedó la huella indeleble de Weber. Años después continué la labor difusora de Mesa con la traducción (del inglés) de dos trabajos del sociólogo alemán: su charla “Sobre la burocratización” de 1909, divulgada por la revista *Eco*, y los textos sobre la universidad que dieron lugar a *El poder del Estado y la dignidad de la vocación académica* aparecido en la *Revista Colombiana de Educación* en 1990.

LADINO: *¿Había un Weber I y un Weber II?*

CATAÑO: Algo parecido a un A y a un B, un primer y un segundo semestre. A mí no me tocaron los seminarios sobre Kant, Hegel y Marx, aunque en una que otra ocasión me colaba en el salón respectivo y lo escuchaba.

WIGBERTO CASTAÑEDA: *Acompaño a mi amigo Ladino en esta conversación que he seguido con atención. Tengo una inquietud. Sospecho que el Weber de Mesa era algo así como una interpretación marxista del autor de Economía y sociedad.*

CATAÑO: Es cierto. Era un diálogo con Marx. El nombre de Marx surgía una y otra vez en sus coloquios. Para él Weber era un enriquecimiento de Marx. A veces lo veía como un Marx al revés.

CASTAÑEDA: *¿Un “Marx al revés”?*

CATAÑO: Sí.

CASTAÑEDA: *Interesante.*

CATAÑO: Sí, como pensador que le da mucha importancia a las ideas dejando los fundamentos materiales de la acción, “la última instancia” de Engels, en un claroscuro. De vez en cuando Mesa aludía a una conferencia juvenil de Weber, *Fundamentos sociales de la decadencia de la cultura antigua* de 1896, difundida por la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset durante los años veinte. Hasta donde tengo conocimiento fue el primer trabajo de Weber trasladado al español. Allí la afinidad con la perspectiva marxista, con el materialismo histórico, era muy clara. Se decían cosas como aquella de que “la cultura antigua es una cultura nacida en una sociedad esclavista”. En sus páginas Weber registraba la desintegración del imperio romano como un proceso de larga duración, como una evolución económica y social que se tomó varias centurias para confluir en los “siglos oscuros”, en la alta Edad Media. Aquí los idearios estaban muy diluidos, apenas tenían presencia.

LADINO: *En la Universidad Nacional se da una transición. Mesa llega, se instala, salen Fals Borda y sus alumnos, empieza a dar sus clases y a continuación viene la reforma de plan de estudios del departamento.*

CATAÑO: Cuando él llega a Sociología la política ya no le interesa, salvo como objeto de estudio. Ya no tiene compromiso con organización política alguna. Su “comunismo” es cosa del pasado. Conserva su amistad con los amigos liberales y conservadores de los años cincuenta –el escritor Hernando Téllez, el político Belisario Betancur, el publicista Bernardo Ramírez y el periodista Eddy Torres, hijo del dirigente socialista Ignacio Torres Giraldo– y se define como un *scholar*, como un profesor de tiempo completo entregado a sus cursos y a la orientación de sus alumnos. Allí va a mostrar sus dotes pedagógicas aprendidas en la Escuela Normal. Sí, la pedagogía, el arte de enseñar, la habilidad de dosificar la transmisión del conocimiento y de establecer relaciones cálidas con unos jóvenes entre los dieciocho y veinte años que todavía tienen muy fresca la enseñanza secundaria. Recuerdo que su figura –tez morena, cara ancha, bajito, grueso, con labios pronunciados y dueño de un razonamiento absorbente– era una réplica del rumano Edward G. Robinson en *La mujer del cuadro* de Fritz Lang, cinta que narra la historia de un inteligente y recursivo profesor de psicología criminal. Mesa atendía con amabilidad las inquietudes de sus estudiantes, pero conservaba su distancia y cierto señorío que contribuía a resaltar su saber y el respeto por su ascendencia académica. Nadie se atrevía a tutearlo, el *Darío* era para sus iguales.

LADINO: *Observo que Mesa era intelectualmente muy atractivo.*

CATAÑO: Era muy sugestivo. Parecía conocer todos los libros importantes desde los griegos hasta nuestros días. Las obras más relevantes de la cultura Occidental, de la política en particular, le eran familiares o, al menos, era capaz de dar cuenta de ellas. A Mesa le interesaba mucho la política, la internacional sobre todo. Veía el mundo como una permanente querrela de poder entre las naciones industrializadas. Siguió de cerca el desarrollo de la guerra fría y las tensiones de la guerra atómica. Leía los periódicos con detenimiento y su aprendizaje del ruso le abrió las páginas de *Pravda*, la publicación oficial del Partido Comunista de la URSS donde abundaban las noticias sobre asuntos científicos, políticos, culturales y económicos. A veces miraba *Izvestia*, que le prestaban sus amigos del Partido Comunista versados en la lengua de Tolstoi. A través de ellos tenía acceso a las posturas “orientales”. A esto sumó su interés por el desenvolvimiento de la experiencia socialista. El centro esta-

ba en la URSS que luchaba por preservar su imperio pero, como se sabe, las fracturas no demoraron en aparecer. Yugoslavia con Tito a la cabeza trazó su propia senda, y Polonia, Hungría y Checoslovaquia jamás se sintieron cómodas con el dominio moscovita. A poco la legendaria China dejó a un lado su socio y se sintió suficientemente fuerte y vigorosa para emprender su camino sin la ayuda soviética. Mesa observaba con detenimiento estos procesos, pero su apego estaba siempre en la URSS, en la madre Rusia que había derrotado a Hitler en Stalingrado y que había hecho que los sueños de Marx y Engels no fueran solo ilusiones y relatos de fantasías y quimeras.

LADINO: *Volvamos a la Facultad de Sociología, ahora convertida en Departamento. ¿Cómo se desarrollaron sus estudios?*

CATAÑO: A pesar de la atracción de Mesa, con él teníamos una relación muy ambivalente. Nos seducía sin duda, pero cuando nos enfrentábamos con la tesis de grado dejábamos a un lado sus enseñanzas. Mesa no publicaba; no ofrecía un ejemplo concreto de cómo debían hacerse las cosas. Instruía pero no orientaba en problemas prácticos. Propagaba las bondades de la investigación pero no la hacía. Su labor docente tenía el sabor del pensador “a lo grande”, de un portador de enfoques meta-históricos nada fáciles de seguir. En los cursos de metodología habíamos aprendido algo más manejable formalizado en los manuales de teoría y método: planteo del problema, hipótesis, variables, definiciones operacionales, análisis de los datos, resultados y conclusiones. En esto Mesa no nos servía y, urgidos, regresábamos a los textos de Fals Borda, de Camilo Torres o de los sociólogos norteamericanos y latinoamericanos que habíamos estudiado. Eran más fáciles de imitar. En aquel tiempo Fals, que difundía la investigación y la hacía, que publicaba la producción de sus profesores y estudiantes en la colección *Monografías Sociológicas*, le concedía mucha importancia a las tesis. A su juicio, era la confirmación final de que se era sociólogo, de que se estaba listo para desempeñarse con soltura en una oficina del Estado, en una institución privada o en el mundo académico. Pedía, además, que las tesis fueran individuales, empíricas y teóricamente relevantes. Lo empírico provenía del uso de archivos, de estadísticas y cuestionarios o, lo que más le gustaba, de austeras observaciones en el terreno. Las reflexiones sobre el pasado se dejaban para los historiadores, y los estudios sobre un pensador o una tradición de pensamiento no eran bien vistos. Eran temas “metafísicos”, para los filósofos. Para el Fals de la primera mitad de los sesenta el asunto de los sociólogos era lo actual, los problemas de la sociedad

contemporánea. Con los posteriores cambios en el currículum del Departamento de Sociología la impronta de Mesa en las tesis fue más directa.

Siguiendo los patrones de Fals, yo me gradué con un estudio sobre movilidad social. Analicé una encuesta sobre el origen social de los estudiantes de la Universidad Nacional para mostrar que la universidad pública más importante del país no era, como se creía, una institución popular. Por el contrario, era una entidad de las clases medias y altas. Partí de la creencia para criticar la creencia. Los sectores populares, los obreros y los campesinos, apenas tenían una presencia del 8% en la matrícula. La monografía, como llamábamos a las tesis de grado, tuvo algún reconocimiento. Fue publicada tanto en mimeógrafo como en imprenta (en la revista de la Universidad Nacional y en un Boletín del DANE, el Departamento Administrativo Nacional de Estadística). En sus capítulos no aparece referencia alguna a Weber o a un autor clásico de la sociología. Las fuentes teóricas y metodológicas provenían de Reinhard Bendix, de S. M. Lipset y de Bernard Barber, un alumno de Parsons y Merton en la Harvard de los años treinta que leí con atención y esmero. Junto a ellos estaban los latinoamericanos Gino Germani, Aldo Solari, Jorge Graciarena y el colombiano Camilo Torres. Todos ellos habían trabajado sobre movilidad social, sobre el paso de una posición social a otra. Hoy me avergüenzo de no haber citado a Pitirim Sorokin, el ruso americano que más contribuyó a poner en circulación los conceptos de estratificación y movilidad en sociología. Conocía su *Movilidad social de 1928*, traducida al castellano como *Estratificación y movilidad social*, pero al pasar en limpio el texto de la tesis oblitéré su nombre y el título de su influyente obra.

LADINO: *¿No hubo dudas en esta elección?*

CATAÑO: Al comienzo hubo vacilaciones y quizá las conferencias de Mesa tuvieron algo que ver, aunque no estoy seguro. El hecho real es que un estudiante de ciencias sociales tiene, por lo general, dos tipos de lecturas: las personales y las institucionales. Las primeras son del corazón, aquellas que nos deleitan, y las segundas las que eligen los profesores para cubrir las exigencias de la especialización universitaria. Las personales hacen parte del autodidactismo y las institucionales de los requisitos de la formación profesional. Siempre tuve un interés velado por la literatura y, como analista social, por la sociología y la historia de la literatura. A mediados de los años sesenta trabé amistad con el director del departamento de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, Francisco Posada Díaz. Nunca fue mi profesor, pero sí mi

orientador en asuntos de estética. En aquella época preparaba los materiales de su libro más festejado *Lukács, Brecht y la situación actual del realismo socialista*, que publicaría la cosmopolita editorial Galerna de Montevideo en 1969, un año antes de su muerte. Un día me dijo: “usted debe escribir y, no lo olvide, los que escriben, publican”. A los pocos meses me animó a sacar dos textos en el periódico *El Tiempo*. Cuando lo conocí Posada era joven, muy joven, tenía 32 años y estaba lleno de proyectos intelectuales que rápidamente se tradujeron en libros: *Los orígenes del pensamiento marxista en Latinoamérica* (1968), *Colombia: violencia y subdesarrollo* (1969), el póstumo *Movimiento revolucionario de los comuneros* (1971) y el aludido sobre Lukács y Brecht.

Mi relación con Posada era tan estrecha que al terminar las materias de la licenciatura tuve la idea de hacer una tesis de sociología de la literatura bajo su dirección. El tema era la novela de la violencia en Colombia. Para aproximarme a los problemas centrales de esta evasiva especialidad debía leer todo lo que encontrara en español de Arnold Hauser, Georg Lukács, Lucien Goldmann y Robert Escarpit y, por supuesto, los textos de Marx y Engels sobre arte y literatura. Según Posada, debía acercarme con especial cuidado a *La sagrada familia*, sobre todo a los capítulos dedicados a *Los misterios de París* de Eugène Sue. Él pensaba que si llegaba a dominar la forma como Marx y Engels abordaban esta novela infinita, yo podía enfrentarme sin dificultades con mi material. Al momento me hice a la tarea. Reuní las fuentes, compré libros y empecé a leer sin descanso, pero cuando me acerqué a Sue visto por Marx y Engels me di cuenta de que el asunto superaba mis fuerzas. Me sentí lejos de la sociología, o al menos como se la concebía en aquéllos días. El lenguaje de los fundadores del “socialismo científico”, su retórica, sus diatribas político-filosóficas, sus alusiones directas e indirectas a personajes desconocidos en nuestro medio, me abrumaron y tras ello mi entusiasmo inicial comenzó a apagarse. El hecho real es que nunca supe por qué se la llamaba *sagrada*. Solo años después, cuando nos llegaron los textos de Mijail Lifshitz, empecé a entender el papel de los *Misterios de París* en este libro juvenil de trifulca y pendencia de Marx y Engels. Con tino renuncié al proyecto y al cabo de unos meses lo abandoné. Me quedaron las lecturas pero se me escapó el resultado. Desistí y Posada no se molestó. Por el contrario, me dejó libre de elegir un tema más adecuado a mi formación convencional de sociólogo. La solución surgió de manera inesperada. Tomé un curso de sociología de la educación con el uruguayo Germán W. Rama, y allí encontré mi asunto. Los

trabajos de Rama eran una extensión de las investigaciones de su compatriota Aldo Solari, un inteligente analista de gran sensibilidad teórica y empírica. Me leí todo el Solari que pude y en seguida me apropié de la bibliografía que nutría sus pies de página.

CASTAÑEDA: *Una buena estrategia.*

CATAÑO: Efectivamente, el tema educativo constituyó para mí un descanso. En esa época la Universidad Nacional era *nacional*. No era una universidad cundi-boyacense, como lo es en la actualidad. Buena parte de nosotros, de clase media y alta, veníamos de Medellín, Cali y la Costa Atlántica a estudiar en la universidad más prestigiosa del país. Para mis padres era un orgullo tener un hijo en la institución que había abierto sus puertas a nuevas especialidades durante la rectoría del dinámico Gerardo Molina. Hoy ha perdido ese liderazgo. El surgimiento de establecimientos privados y públicos de calidad en Bogotá y en provincia le han robado los egresados de mayor talento de la enseñanza secundaria.

Con la publicación de la tesis, *Universidad pública y movilidad social*, que llevaba un subtítulo ambicioso, “Introducción al estudio de la educación y la movilidad social en Colombia”, comencé a tener cierta aura de sociólogo de la educación. Me abrió las puertas de las universidades pedagógicas y del mismo Departamento Nacional de Planeación donde trabajé por un semestre. Constituyó el entrenamiento inicial para mi estudio más ambicioso *Educación y mundo rural, el caso de Boyacá*, un trabajo que realicé en Tunja entre 1970 y 1971, al que le guardo cierto cariño a pesar de que no ha tenido buena recepción en los medios pedagógicos. Tiempo después me facilitó la entrada a la Universidad de Stanford para adelantar una maestría en “Education and Development”. Por los años setenta mis colegas me veían como un sociólogo de la educación, especialidad que comenzó a agobiar mi mente. Sentí que el tema educativo, con todo lo interesante que fuera, era limitado y teóricamente pobre. Cuando en 1980 publiqué en la revista *Eco* el ensayo “Nueva lectura de Max Weber”, donde criticaba a Mesa por su lejanía respecto de la sociología del momento, tomé conciencia de que podía hacer cosas de interés por fuera de los temas estrictamente pestalozzianos.

CASTAÑEDA: *¿Se volvió a ver con Mesa?*

CATAÑO: De vez en cuando. Conservé su amistad una vez salido de la Universidad Nacional. Él se interesaba mucho por la suerte de sus estudiantes

de mayor vocación intelectual y seguía sus logros intelectuales y laborales. Nos vimos varias veces en 1970 cuando yo organizaba los materiales de *Colombia, estructura política y agraria*, un libro de lecturas que reunía seis ensayos de analistas de izquierda. Quería sacar sus “Treinta años...” y su reseña de *Las guerrillas del Llano* de Eduardo Franco Isaza. No quiso que se publicara la reseña. La consideraba un trabajo de ocasión, sin embargo, por el gesto que acompañaba la negativa sospeché que se trataba de una lejanía personal con el autor de *Las guerrillas*. Aceptó la publicación de los “Treinta años” y mi única contribución en calidad de editor fue agregarle al título los años 1925-1955. Para 1971 ya no se entendía donde principiaba y terminaba la sonora treintena histórica de Mesa. Las posteriores ediciones del ensayo han seguido esta pauta. *Colombia, estructura política y agraria* fue bien recibido y alcanzó dos ediciones en pocos meses. Pero las reacciones no se hicieron esperar. *El Siglo*, el periódico conservador dirigido por Álvaro Gómez Hurtado, registró la salida del volumen con palabras poco afectuosas. La reseña decía:

Con un prólogo-presentación de Gonzalo Cataño se recogen en este volumen algunos ensayos de Darío Mesa, Rafael Baquero, Hernán Toro Agudelo y Estanislao Zuleta aparecidos en años anteriores en diferentes revistas y publicaciones periódicas colombianas de esas a que somos tan adictos aquí, es decir, de esas que salen dos entregas y mueren. Se incluyen, en primer lugar, las cada días más divulgadas y menos famosas obras completas de Darío Mesa, comprendidas en un artículo de 60 páginas tituladas *30 años de historia colombiana*. Continúa con dos estudios de Rafael Baquero, que datan de los principios de la década del 50, entre los cuales es de particular interés un estudio sobre la Misión Currie. Sigue otro extenso ensayo de Hernán Toro Agudelo sobre el problema agrario que data de 1959, por la época en que se debatía la ley 135 de 1960 y él era Ministro, y se cierra con dos artículos de Estanislao Zuleta, brillantísimo teólogo de la revolución socialista, amplísimo conocedor de historia económica y Platón, de política revolucionaria y psicoanálisis; el primero de ellos un análisis de ciencia política sobre las elecciones presidenciales de 1962 y el otro, los postulados básicos de la estrategia de –obviamente fracasada– organización marxista colombiana. (*El Siglo*, Bogotá, 11 de julio de 1971).

Cuando le mostré la reseña, que ya conocía, me dijo: “Animosidades del pasado mi querido Cataño”. Y, por supuesto, me vi de nuevo con él cuando

saqué el ensayo en la revista *Eco*. No se molestó por la crítica y apuntó: “siga por ese camino, jamás abandone la teoría sociológica”.

Los finales de la década del sesenta y buena parte del decenio de los setenta fueron los años del liderazgo intelectual de Mesa. El marxismo, campo en el que se sentía como pez en el agua, se tomó la enseñanza de las ciencias sociales en América Latina, y Colombia no fue una excepción. Se enseñaba materialismo histórico por la mañana y materialismo dialéctico por la tarde en las escuelas de antropología, economía, sociología e historia. Tras esta ola el Departamento de Sociología sufrió una reforma radical y Mesa redactó unas páginas para alentar los cambios que al instante dejaron ver su fervor patrio y una retórica sobre el papel de las ciencias sociales en el fortalecimiento del Estado nacional. Mesa adoraba el Estado, le rendía un culto muy especial al organismo que monopoliza la dominación y el empleo legítimo de la violencia cuando algunos de sus miembros ponen en cuestión el orden y la estabilidad social. El Estado se le convirtió en una obsesión. Para él, pueblo sin Estado no merecía mayor atención, era –siguiendo a Engels– un “pueblo sin historia”. Consideraba, con el acompañamiento insalvable de Hegel, que “un pueblo que no haya sido capaz de construir un Estado no tiene destino histórico”. Es población carente de soberanía, de capacidad de autodeterminación y de participación gallarda en las tensiones internacionales. Para subrayar esta devoción le gustaba evocar las palabras del teólogo moscovita Vladimir Soloviev (1853-1900): “el Estado no se hizo para que la vida de los hombres fuera un paraíso, sino para evitar que sea un infierno”.

Asistí a algunas de sus conferencias cuando se ofrecían los cursos sobre Marx, Kant y Hegel. Era muy persuasivo y su tono me recordaba el de Estanislao Zuleta, un compañero de generación del que siempre se sintió distante. Zuleta, una verdadera caja de música cuando se sentaba en el estrado, catorce años más joven que él, era muy afrancesado y Mesa muy germánico, aunque ambos leían con reverencia *Les Temps Modernes*, la revista más atendida en asuntos políticos, literarios y filosóficos por los intelectuales latinoamericanos de izquierda. Sus equivalentes de Norteamérica, Inglaterra y Alemania no tenían mayor recibo. Mesa podía leer, mas no hablar, en francés, inglés, alemán y ruso. Era, por lo demás, poco amigo de los marxistas de su época. Los consideraba unos aficionados. Eran más jóvenes que él y se interesaban por temas diferentes: el psicoanálisis, la fenomenología, el existencialismo, la crítica literaria. Su amistad con Francisco Posada Díaz, que compartía buena

parte de sus intereses intelectuales era, por ejemplo, de una lejanía asistida por las buenas maneras.

CASTAÑEDA: *¿Estudiaban a Mesa?*

CATAÑO: Lo escuchábamos ante todo. Mesa no escribía. Era un lector atento de libros, periódicos y revistas, pero hacia 1964 abandonó la escritura. Sólo la retomó por unos meses para redactar su contribución al *Manual de historia de Colombia* de 1980. La publicación oral fue su sino y la publicación impresa su recuerdo. Sospecho que escribió mucho cuando estuvo vinculado a la revistas *Semana* y *Cromos*. Fueron días de gran actividad intelectual. Las revistas pagaban los artículos y, por escasos que fueran los emolumentos, ayudaban al *modus vivendi*. Sus contribuciones en *Cromos*, muchas de ellas sin firma, están a la espera de un compilador benévolo y comprensivo. En sus manos *Cromos* fue algo más que un magazín de mero entretenimiento para hojear en las peluquerías, en los consultorios médicos o en las tediosas colas de los supermercados. Creo que allí publicó su recensión de *La hojarasca* de García Márquez a pocos días de salir la novela a la calle.

Y aquí surge otro símil con Estanislao Zuleta, un autor que publicó mucho después de muerto. Sus admiradores llevaron a la imprenta un hervidero de palabras grabadas en auditorios, salones de clase y aulas máximas. Con Mesa ocurrió algo semejante. Sus alumnos y alumnas le grabaron algunos de sus cursos y no pocas conferencias en los más diversos escenarios. De allí surgieron sus libros *Estado-Derecho-Sociedad*, *La revolución científico-técnica y el colapso del socialismo real* y *Miguel Antonio Caro, el intelectual y el político*. En conjunto muestran a un agudo observador de las tensiones internacionales y a un perspicaz exégeta de autores y tradiciones de pensamiento: Maquiavelo, Hegel, Marx, Lenin, con perseverantes alusiones a Weber y a Clausewitz. En sus incursiones geopolíticas se interesó por el geógrafo Karl Haushofer, autor que había encontrado en las sugerentes páginas de *Generales y geógrafos* del berlinés Hans Weigert. Leía despacio, asimilaba pausadamente y transmitía con placidez sus meditaciones a un auditorio deseoso de hacerse a las grandes líneas del pensamiento occidental. Es extraño que no hubiera publicado un ensayo sobre Weber, autor al que le dedicó tantos seminarios y tantas lecturas.

En estos textos Mesa permanece siempre en la esfera analítica, en la exploración del texto por el texto, en el examen de las teorías y en la elucidación de los conceptos que las nutren. Los aspectos descriptivos, la vida de los autores

y los avatares de políticos y gobernantes, se los deja a los biógrafos y a los historiadores con dotes narrativas. Pero leyéndolo se siente con frecuencia languidez y monotonía, fatiga y hastío. Las pausas del habla, las muletillas y balbuceos de la publicación oral, muy atractivos en el aula, se vuelven pesadas en la publicación impresa por mucho que los editores pongan lo mejor de sí mismos. El texto escrito demanda precisión y economía de la palabra; la exposición oral es condescendiente con la digresión y la vaguedad y admite las reiteraciones y las tonalidades acompañadas de la gesticulación para ganar la atención del público. De todas formas debemos estar agradecidos con las editoras, sus alumnas más cercanas, por rescatar unas pláticas para aquellos que no tuvimos la oportunidad de escucharlas.

CASTAÑEDA: *¿Qué papel jugaba el marxismo en todo esto?*

CATAÑO: Mesa conocía bien el marxismo y su desarrollo. Los fundadores (Marx y Engels), los teóricos de la Segunda Internacional (Kaustky, Luxemburgo, Bernstein, Labriola), los pensadores de la Rusia zarista que vieron el amanecer de la Revolución de 1917 (Plejanov, Lenin, Trotski, Bujarin, Stalin) y los austríacos (los Adler, Bauer, Hilferding y Renner). No le fueron extraños los innovadores de la primera posguerra, los integrantes de lo que Merleau-Ponti llamó el “marxismo occidental” (Gramsci, Korch, Lukács, Goldmann y algunos miembros de la Escuela de Frankfurt), ni los pensadores que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial: los economistas Dobb, Baran y Sweezy, los historiadores ingleses que seguían las hipótesis del materialismo histórico y los filósofos Della Volpe, Lefebvre, Althusser... Y cuando tornaba la mirada hacia América Latina, el Tercer Mundo de Europa, podía hablar de Mariátegui, Ponce, Agosti y Marinello. No los había leído a todos por supuesto, pero estaba enterado. Conocía sus particularidades, sus énfasis y sus logros. El marxismo era su escuela, su tradición de pensamiento.

Cuando llegó la ola marxista a la Universidad Nacional, Mesa se sintió en terreno firme pero no se dejó llevar por el entusiasmo de aquellos que veían el legado de Marx como la ciencia social *par excellence*. Sabía que había otras corrientes aunque no las conociera. Algunos de nosotros nos salvamos de este tsunami –que parecía llevarse por delante todas las ciencias humanas– por los trabajos de Germani, Aron, Merton y Lazarsfeld, este último tan vapuleado por C. Wright Mills en su *Imaginación sociológica*. Y no desdeñemos al enfático Pitirim Sorokin que conocía el marxismo ruso de primera mano, lo mismo que a sus representantes más conspicuos. ¡Estuvo a punto de ser fusi-

lado por los bolcheviques! Todos ellos habían estudiado la obra de Marx pero no participaban de su teología, de los dogmas y creencias de sus seguidores.

Debemos recalcar que salvo el caso de Weber, Mesa no se sintió atraído por los fundadores de la sociología (Comte, Tocqueville, Spencer), ni por los pensadores más representativos del periodo clásico (Durkheim, Tönnies, Simmel, Michels, Pareto, Mosca). Algo parecido ocurrió con los sociólogos de la primera posguerra como Mannheim, Alfred Weber, los discípulos de Durkheim o los miembros de la Escuela de Frankfurt. A la sociología norteamericana la vio de lejos a pesar de que dominó el escenario sociológico occidental desde 1920 hasta 1960. Promovió la enseñanza de estas diversas tradiciones, pero no se aprovechó de ellas. No era lo suyo. La reforma del pènsum era para los estudiantes, no para su caudal. Hegel, Marx y Weber eran suficientes para cubrir sus intereses intelectuales y académicos, y de Weber hizo su propia selección. Tomó sobre todo su pensamiento político. Su sociología del derecho y de la religión quedaron en un claroscuro. La sociología latinoamericana no le atrajo. No la estimaba, no le confería mayor valor.

CASTAÑEDA: De los cursos rescatados para la imprenta, ¿Cuál considera usted el más logrado?

CATAÑO: Creo que su oralidad más grata es la que le dedicó a Miguel Antonio Caro. Es sugestiva y su traslado al libro se deja leer sin mayores agobios. En el fondo se escuchan los acentos del profesor, los esfuerzos de un docente por traer a nuestros días la obra de un “reaccionario”, de un pensador que quiso abordar la modernidad sin sacrificar la tradición. Wilson Ladino tiene mucho que decir al respecto. Él asistió y participó activamente en este seminario.

Su curso sobre Caro es significativo por muchos aspectos. Allí son muy claras sus lecturas de Hegel, de Marx y de Engels. De este último derivó su teoría de la violencia como requisito de todo proceso revolucionario. Las “clases moribundas” no abandonan el poder sin recurrir a la fuerza y los grupos que las reemplazan apelan de inmediato a las armas para proteger su llegada y permanencia en los recintos del Estado. Pero también es significativo por lo que podríamos llamar su filosofía de la historia, su manera de concebir el pasado. En este seminario ve el desenvolvimiento de Colombia como un proceso ineludible de construcción del Estado nacional desde 1550 hasta nuestros días. Ve la historia como algo predeterminado y guiado por un hado que gobierna el destino de hombres y mujeres. Es una especie de concepción

profética de la historia, una concepción según la cual la historia de un país sigue una trama, y que si la logramos desentrañar, tendremos la clave del futuro. Recurriendo al más crudo historicismo –la postura que interpreta los acontecimientos como resultado de leyes que fijan y predicen la suerte de los pueblos– les recalca a sus estudiantes que el objetivo del Seminario era ver que las decisiones del clarividente Caro, “un hombre fundamental en la formación de este país”, eran “inevitables y necesarias”. No había elección: se erigía el Estado central o el país se desvanecería en lánguidas e inestables regiones autónomas que anunciaban la ruina del país. Mesa veía los logros del pasado como “necesidades históricas”, como procesos que tenían que suceder a pesar de la oposición de algunos miembros que no comprendían el “espíritu de los tiempos”, la vaga noción hegeliana a la que recurre una y otra vez para ahorrarse el examen cuidadoso de complejos procesos socioculturales.

CASTAÑEDA: *¿No se sienten en el curso dedicado a Caro las dificultades de la publicación oral?*

CATAÑO: Sí, por todas partes y a cada momento. A lo largo de los seis capítulos Mesa va y viene en medio de digresiones multiplicadas que muchas veces se disuelven en la asociación libre. Hemos destacado su oralidad sobre Caro por el carácter sugestivo, por el cúmulo de preguntas que formula a lo largo de su alocución, pero debemos señalar que en las charlas abunda la dispersión. Mesa habla de múltiples cosas e introduce las más diversas ocurrencias filosóficas, políticas y económicas con alusión a autores y situaciones no siempre relevantes para el asunto. El lector siente que navega en un mar de ideas ingeniosas cuya coherencia se escapa. Su *Miguel Antonio Caro* es muy útil para quien desee investigar a “un hombre fundamental en la formación de este país”. Allí encuentra las pautas para hacerlo, pero no su ejecución y puesta en práctica. Él mismo lo dice y se lo recuerda a sus estudiantes: es necesario estudiar su “obra como un conjunto complejo, a veces contradictorio, de luces y sombras”. Este curso es, además, una buena muestra de las dificultades del uso indiscriminado de la publicación oral en el mundo académico. Como se ha sugerido, la ciencia requiere precisión, definición conceptual, postulación de hipótesis (formulación de las grandes preguntas), elaboración de teorías y exposición coherente y sistemática de la información compilada. Y, claro, nada de esto se alcanza mediante la espontaneidad desbocada del habla en el estrado. En la vida académica la publicación oral es solo un borrador, un primer paso que facilita la redacción vigilada de la publicación impresa. Mesa escabulló esta última. Le trasladó las fatigas finales del trabajo intelectual a

sus editoras, a unas alumnas diligentes que hicieron lo mejor que se podía forjar con un material disperso nada fácil de integrar y compendiar.

LADINO: *Si Mesa no hubiera llegado a la Universidad Nacional, ¿qué hubiera pasado en Sociología?*

CATAÑO: Difícil decirlo; la historia conjetural está llena de peligros. De todas formas podríamos decir que el Departamento hubiera quedado en manos de los egresados de los primeros años de la Facultad que habían ido a Estados Unidos a hacer sus maestrías y sus doctorados. Allí estaban personas como Rodrigo Parra Sandoval, Álvaro Camacho Guizado, Elssy Bonilla, Carlos Castillo, Magdalena León y Francisco Leal Buitrago. Todos, ellos y ellas, regresaron al país con deseos de naturalizar su experiencia “gringa” en la Universidad Nacional. Era un grupo con entrenamiento en investigación que había advertido la caída del funcionalismo como escuela hegemónica y el ascenso de las escuelas críticas provenientes de Europa y del Tercer Mundo. No eran marxistas pero tampoco opuestos a las contribuciones del materialismo histórico. Participaban de la idea de que el marxismo era parte de las ciencias sociales pero no *la* ciencia social. Eran por lo demás los años en que la vanguardia de la sociología pasaba de nuevo a Europa, continente que recuperaba el liderazgo de una disciplina que se le había ido de las manos después de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, los miembros de este grupo se encontraron con un medio hostil a toda ola norteamericana por crítica que ella fuera. Ello hizo que sus integrantes fueran abandonando el Departamento en pos de oportunidades más seductoras, bien sea en otras universidades o en los organismos internacionales en franco ascenso por aquellos días. Mesa hubiera podido acercarse y hacer amistad con estos jóvenes y con el mismo Fals, que había patrocinado su llegada, pero prefirió retraerse. No se veía a sí mismo como sociólogo, no obstante que derivó su *modus vivendi* por más de treinta años en un departamento de sociología. Nunca se consideró un miembro de la ciencia de Comte, Spencer y Durkheim. Su campo eran las humanidades, las ciencias del espíritu para recordar el giro diltheyano. Con la decisión de dispersarse e irse a otro lugar, los miembros del grupo que se había graduado en la Facultad de Sociología a principios de los sesenta, perdieron la posibilidad de incidir en la formación de las futuras generaciones de sociólogos de su *Alma Mater*. Suelos y dispersos no hicieron las mismas cosas que hubieran podido hacer como corriente compacta y afín. Rápidamente fueron reemplazados por los alumnos de Mesa, que llenaron sin mayor vacilación las cátedras del Departamento, dejando –como su profesor– una estela de oralidades

humanísticas extrañas a la investigación social empírica. Hablaron mucho de sociología pero no la hicieron.

CASTAÑEDA: *Eran tiempos difíciles por la politización de la Universidad.*

CATAÑO: Sí muy difíciles, aunque muchos profesores antiguos pasaron “de agache”. Carlos Escalante, por ejemplo, se dedicó, discretamente, a propagar textos de metodología asociados al lenguaje de variables demandados por la investigación de encuestas. La popular Virginia Gutiérrez, compañera de Mesa en la Normal, que no era marxista, continuó con sus investigaciones sobre la familia con enfoques norteamericanos sin mayores dificultades. Es cierto que en sus robustos *Familia y cultura en Colombia* de 1968 y *Estructura, función y cambio de la familia en Colombia* de 1975 había mucha indignación por la condición social de la mujer, pero también mucho culturalismo “gringo” pesado y estrecho, derivado de los textos generales de Kroeber, Lowie, Linton, Herskovits y del elegante Kluckhohn, difundidos por el Fondo de Cultura económica en los años cuarenta y cincuenta. Su uso reiterado de los vocablos “estatus y función” debe mucho al capítulo VIII del *Estudio del hombre* de Linton, que en el original era “status and role”, no estatus y función como tradujo con liberalidad el mexicano Daniel Rubín de la Borbolla. Virginia no controló esta fineza conceptual. Además, en ella no se siente mayor huella de la antropología social inglesa o de la etnología francesa, no obstante haber asistido a las clases de Paul Rivet, un amigo cercano de Marcel Mauss.

LADINO: *Me llama la atención que los compañeros de estudio de Mesa no tuvieron mayores dificultades para su identificación profesional. Milciades Chaves, Aquiles Escalante, Roberto Pineda y Virginia Gutiérrez no dudaron en definirse como antropólogos aunque desempeñaran las más diversas actividades.*

CATAÑO: Es cierto. Nadie llamaría a Mesa historiador, filósofo, sociólogo o científico político. Merodeó por estas disciplinas pero no se sentía cómodo en ninguna de ellas. No hizo investigación empírica en campo alguno de las ciencias sociales. Quizá esta dificultad de encasillarlo lo haga más atractivo. Todo en él fue síntesis en medio de un eterno preguntar; recapitulaciones derivadas de lecturas pausadas y bien asimiladas. Marx, constructor de un sistema que formalizó el último Engels con la ayuda de algunos teóricos de la Segunda Internacional, le proporcionó un marco de referencia amplio y comprensivo que le permitió analizar los problemas de su interés. Fue un profesor

esforzado con rasgos de “pensador”, de individuo que reflexiona con holgura y de manera independiente sobre temas relevantes.

CASTAÑEDA: *Observando todo ese recorrido que usted ha hecho ¿Cómo ve la perspectiva de los estudios sociales en Colombia? Sé que es una pregunta muy amplia en la que cabe todo.*

CATAÑO: Pienso que la Sociología, como la considerábamos en el pasado, entró en crisis. Ya no la vemos como una ciencia autosuficiente con un tema propio y específico, el presente, o con unos métodos y técnicas particulares de investigación: la observación, el cuestionario, las entrevistas, las estadísticas periódicas, la observación participante, etc. En los años del primer Fals Borda se quería hacer de la sociología una ciencia estricta, una disciplina positiva (empírica) con un discurso medible, claro y preciso. Ahora la sociología ha vuelto a establecer relaciones íntimas con su madre primigenia, la filosofía y con su prima hermana, la antropología. Algo similar ocurre con su compañera de ruta, la historia. ¿Dónde reside su particularidad? En el vocabulario que ha desarrollado a lo largo de dos centurias y en su permanente esfuerzo de generalización teóricamente orientada.

Algo parecido ocurre con la antropología, el reino de la *cultura*, un énfasis diferente del de la ciencia de Comte que concentra sus esfuerzos en el examen de la *sociedad*. Y la antropología también ha pasado por transformaciones profundas. En el siglo XIX y parte del XX se concentró en los grupos primitivos. Después pasó a los indígenas y a la vida de las comunidades campesinas, hasta tocar los medios urbanos como lo hiciera Oscar Lewis en sus estudios sobre la pobreza. Y no solo esto. Recordemos el famoso *Hollywood* de Hortense Powdermaker, un estudio sobre “el mundo del cine visto por una antropóloga” o, para subrayar un contraste, *El crisantemo y la espada* de Ruth Benedict sobre los patrones culturales de la sociedad japonesa. Hoy en día ningún tema le es extraño a la ciencia de Morgan, Tylor y Boas. Guiada por la noción de cultura, concepto que anuncia sentimientos pautados que gobiernan la conducta de individuos y grupos, da cuenta de los más diversos campos. Además, la sociología y la antropología comparten los mismos clásicos, Marx, Durkheim, Weber y Mauss, y muchos conceptos derivados de las obras mayores de estos cuatro gigantes de las ciencias sociales. Las relaciones de una y otra ciencia con la historia y la economía son igualmente complejas y extendidas. Alguien podría encontrar mucha antropología y sociología en un estudio como *El queso y los gusanos* del historiador Carlo Ginzburg y mucha

sociología y economía en *La crisis de la aristocracia*, 1558-1641 del inglés Lawrence Stone. En pocas palabras, en nuestros días estamos asistiendo, para usar una expresión muy querida de Ralph Linton y de Ernst Cassirer, al enriquecimiento mutuo del estudio del hombre y a la coexistencia pacífica de las diversas ciencias que lo abordan.

El país no ha sido ajeno a este proceso integrador. Fals Borda se desenvolvió con holgura en varios campos. En los capítulos de *Campesinos de los Andes* y de *El hombre y la tierra en Boyacá* el lector encuentra mucha antropología, sociología e historia –y algo de demografía salpicada de geografía– para dar cuenta de la vida de dos comunidades campesinas de los años cincuenta. Algo parecido sucede con *La gente de Aritama* de Alicia Dussán y G. Reichel-Dolmatoff. Es verdad que en nuestro medio todavía son muy fuertes las especialidades, pero cada vez se abre y se extiende el espectro de la fusión de los rasgos sociales y culturales de la experiencia humana.

Es fácil hablar de esta integración y del proceso que la asiste. Las dificultades surgen cuando abordamos un problema concreto de investigación. Aquí debemos respetar las complejidades de cada disciplina –sus conceptos, sus enfoques, sus formas de reunir y leer los datos– a fin de agruparlas con laxitud y creatividad. Se debe tener conciencia de lo que se quiere juntar para alcanzar un todo armónico y solidario. Si esto no se logra caemos en lo que Karl Mannheim llamaba la “síntesis del encuadernador”. Allí el operario encargado de coser el lomo del libro resulta uniendo mecánicamente lo que el autor o los autores de la obra no fueron capaces de acoplar orgánicamente.

LADINO: *Muchas gracias profesor, muy amable.*

Bibliografía de Darío Mesa citada o aludida

- Mesa, Darío. 1955 “*La hojarasca* de G. García Márquez”, *Cromos*, Bogotá, 27 de junio.
- Mesa, Darío. 1955 “*Mito*, revista de las clases moribundas”, *Mito*, n.º 4, Bogotá, octubre-noviembre, pp. 281-297.
- Mesa, Darío. 1957 “Treinta años de historia de Colombia”, *Mito*, n.º 13, Bogotá, marzo-mayo, pp. 54-70.
- Mesa, Darío. 1957 “Para una posición del pueblo”, *Revista Horizontes*, n.º 2, Bogotá, abril-mayo, pp. 3-13.
- Mesa, Darío. 1958 “La ejecución de Imre Nagy”, *Mito*, n.º 19, Bogotá, mayo-junio, pp. 78-79.

- Mesa, Darío. 1971 “Treinta años de historia de Colombia: 1925-1955”, en Gonzalo Cataño (comp.), *Colombia: estructura política y agraria*, Medellín, Ediciones Estrategia, pp. 19-62.
- Mesa, Darío. 1971 *El problema agrario en Colombia*, Medellín, Ediciones El Tigre de Papel. Un informe para el INCORA de 1964.
- Mesa, Darío. 1978 “La universidad ante la revolución científico y técnica”, *Ciencia, Tecnología y desarrollo*, vol, 2, n.º 1, Bogotá, pp. 27-58.
- Mesa, Darío. 1993 *Estado-Derecho-Sociedad, seminario sobre la filosofía del derecho de Hegel*, editado por G. R. Nemogá Soto y L. T. Gómez de Mantilla, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Mesa, Darío. 2010 *La revolución científico-técnica y el colapso del socialismo real*, compilado por Anita Weis y Clemencia Tejeiro, Medellín, La Carreta.
- Mesa, Darío. 2014 *Miguel Antonio Caro, el intelectual y el político*, editado por Clemencia Tejeiro, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.



Elvira D'ico/2018

“La muerte y sus símbolos”

Carlos-Alberto Ospina H.

Con motivo de la aparición de la cuarta edición del libro *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnocracia y posmodernidad*, de Orlando Mejía Rivera (Editorial Universidad de Antioquia), queremos presentar unas cortas reflexiones suscitadas por su lectura, a propósito del fenómeno de la muerte.



Resulta admirable que estemos hablando de la cuarta edición de una obra académica y de edición universitaria (primera edición en 1999), nada usual en nuestro medio, excepto que se trate explícitamente de un texto o manual de estudios. Aunque la *Muerte y sus símbolos* es un ensayo, podríamos decir de interés general, requiere de lectores atentos y abiertos a una propuesta de lectura heterodoxa sobre la época actual, y dispuestos a ver distintas maneras como ella ha enfrentado el fenómeno de la muerte. Alcanzar la cuarta edición se debe, seguramente, a que ha sido utilizado como texto de estudio por distintas disciplinas y profesiones como la medicina, especialmente la tanatología; la sociología, la filosofía o el psicoanálisis, porque el libro se mueve en esos distintos campos del conocimiento, con notorio respaldo bibliográfico, como acostumbra hacer Orlando Mejía en sus ensayos. Ello es el resultado de un trabajo disciplinado, continuo y riguroso que ha forjado un espíritu inquieto que se mueve con autoridad por muchas ramas del saber, lo cual corresponde a una

formación universal y humanista, en el sentido más clásico del término, de una persona que como Orlando, entiende que el conocimiento solo tiene sentido si está orientado a buscar la vida buena del ser humano, “el respeto por la vida humana y la armonía universal” (p. 185).

Así que hablar ahora de la cuarta edición de *La muerte y sus símbolos*, se deriva de dos hechos: 1. De que su autor ya es reconocido en nuestro medio por la calidad de sus más de veinte libros publicados, muchos de ellos también con varias ediciones a cuestas, e innumerables ensayos, crónicas y artículos que continuamente aparecen en periódicos y revistas nacionales y extranjeras, y 2. Por el respaldo editorial de la Universidad de Antioquia, que, como sabemos, es uno de los sellos editoriales universitarios reconocidos en el país por el cuidado de sus ediciones y por sus políticas de promoción y difusión, lo cual es muestra del respeto con el que trata a sus autores.

Uno de los tres epígrafes que abren el libro es un poema del rey y poeta Azteca Nezahualcoyotl, cuyos versos finales dicen: “¡Ay! Aquí solo hemos venido a conocernos/Solo tenemos en préstamo la tierra”. Estas palabras me recuerdan las reflexiones de George Steiner sobre la expresión de Heidegger, quien habla del hombre como “huésped de la tierra”, cuya responsabilidad mayor debería ser cuidarla y, en lo posible, mejorarla. Pero, por el contrario, el hombre se muestra empeinado en acabarla y con ella a él mismo. Eso parece ocurrir porque él se cree señor omnipotente de todo lo existente, como si esto le fuera dado para su exclusivo disfrute en su efímero paso por la tierra.

Para asumirse como todopoderoso comienza por ocultar la dimensión finita de la existencia, su condición mortal, lo pasajero, la pluralidad de las cosas; lo pasional, incierto e imperfecto; vale decir, ocultar nada menos todo lo que significa vivir. No podemos olvidar que en general las manifestaciones culturales, síntesis de las tareas y esfuerzos que hacemos en la vida, son la manera humana de resistirnos a la muerte, porque si fuésemos inmortales todo sería igual, y nada, en verdad, importaría, nada tendría sentido ni sabor alguno. Quienes más claro lo tenían eran los habitantes de la isla de Luggnagg, uno de los tantos lugares que Gulliver visitó en sus numerosos viajes. Por asuntos del azar ocasionalmente nacían en esa isla unos seres fantásticos que no morían, los *struldbregs*, y eran por eso mismo los más desgraciados y detestados de sus habitantes. Vivían afligidos, lamentándose de no contar con la esperanza de encontrar pronto descanso, como los demás hombres. Eran inmortales,

pero cargaban con el deterioro natural del cuerpo, aunque las enfermedades que padecían no aumentaban ni disminuían, y su memoria se detenía en los recuerdos tenidos solo hasta sus años de juventud. Por ello su presencia era la muestra más evidente de que el disfrute de la vida resulta de recordar que ella tiene término.

Y vivir consiste precisamente en un permanente batallar por hacernos a modos de ser uno mismo y para los demás; y ello implica, entre muchas otras cosas, darle figura y relieve a los sentimientos, deseos, temores, esperanzas, sueños e imaginaciones, etc., en lo que entendemos como cultura humana: el mito, la religión, el arte, la filosofía y la ciencia. Todo lo que hacemos es una especie de celebración de la vida, por ello es tan importante saber que vamos a morir (sabernos mortales, como no ocurre con los animales) y al mismo tiempo darnos cuenta de que estar vivos es como un incesable excedente de energía que nos desborda y sobrepasa, en virtud de lo cual siempre andamos haciendo algo. Crear, hacer, pensar, compartir; aprender a atenuar y enfrentar lo duro de la existencia y gozar en compañía de lo que en ella resulte grato, es la manera como enfrentamos la muerte, no para hacernos inmortales, sino para alcanzar la plenitud de la vida en la brevedad del tiempo

Pero la cultura moderna de Occidente comienza por acallar todo lenguaje simbólico e intuitivo que hace visible esa dimensión, o sea el mito, la poesía y la leyenda que exprese las aspiraciones y temores humanos; en su lugar ofrece palabras mágicas, negadoras de la muerte: racionalidad, futuro, progreso, desarrollo, riqueza o el consuelo de la vida eterna. (cfr. p. 75). Además la negación de la muerte por parte de la sociedad tecnológica permite “la explotación de los miedos reprimidos de los hombres modernos para utilizarlos como fuente de productividad económica y cosificación” (p. 190). La sociedad de consumo ofrece la sensación de andar al ritmo de lo nuevo, de que en verdad vamos progresando, porque se transfiere lo transitorio a las cosas y se planta en el hombre la necesidad compulsiva de cambiar lo viejo por lo nuevo. Si lo nuevo es lo mejor, entonces el futuro, lo que está por venir es más deseable que lo que ahora vivimos y, con mayor razón, que lo que hemos vivido. Perder la tradición no significa ningún problema, como tampoco el empobrecimiento de la vida presente, cuando el “futuro” –aunque incierto- está abierto como la meta soñada.

En esta ecuación el individuo se siente eterno; cuanta más capacidad de consumo tenga ahora, más orgulloso de su condición dominadora del mundo

se siente. Para esto se ha agregado al valor de cambio de las cosas el carácter de ser símbolos que satisfacen deseos y frustraciones individuales. “Un carro no vende velocidad sino libertad, una loción no da buen olor sino que ofrece el amor de una mujer hermosa” (p. 69). De esta suerte los individuos se convierten en cosas útiles para el circuito económico del consumo, porque al mantener en el olvido su condición mortal, la existencia, que ha perdido profundidad, solo encuentra sentido y tranquilidad en el consumo no solo de cosas, sino también de placeres, sensaciones y experiencias artificiales como las que hoy ofrece la tecnología, en especial la de realidad virtual. Pero la vida transcurre implacable y de manera apremiante exige ser vivida, de suerte que al hundirnos en el mero quehacer cotidiano de lo productivo, en aras del “futuro” individual y colectivo, nos privamos de gozar ahora la simplicidad de las cosas y del disfrute de compartir sueños y temores con los demás.

El libro *La muerte y sus símbolos* es una especie de proclama contra las estrategias modernas de negación de la muerte, que van desde la consideración de una existencia más allá de la terrena, que desvaloriza la vida aquí en la tierra; pasando por las prácticas que han ido despojando a los ritos funerarios y al duelo de su carácter de ser espontánea manifestación de dolor profundo y sincero, para convertirlos “en ritos de adaptación, que realizan los vivos para enfrentar el abrupto choque emocional que representa la pérdida de un ser querido” (p.60); hasta los intentos por anestesiarse el dolor (con las funerarias, con fármacos, etc.). El culto a los muertos, además, se transforma en una serie de estrategias destinadas a ocultar el cuerpo muerto, cuando, por ejemplo, la cosmética pierde el antiguo sentido tradicional de homenaje amoroso al ser querido y se convierte solo en ornato; o la cremación, despojada de su solemnidad y de su aire ritual, se transforma en una salida más con el fin de lograr la celeridad de la ceremonia exequial. Y no entendemos que los intentos de la tecnociencia por buscar la inmortalidad, cuando cree derrotar la muerte al irnos transformando en máquinas, responden a una consideración de la vida puramente biológica y monista como si lo mental, el espíritu, ánima o alma -como quieran llamarlo- no fuera lo otro de la vida. Prueba de ello es que muchos hombres adinerados han pagado por conservar su cuerpo mediante la técnica de criogenización, con la esperanza de volver a la vida cuando se encuentre cura a la enfermedad que los mató, como si ésta no consistiera más que en una particular disposición de la materia, cual si se tratara de cuerpos máquina. Es el sueño de creer que la opresiva tristeza en la que vivían los *struldbrugs* era el resultado de los males de sus cuerpos y no de la absoluta

incapacidad de disfrutar la vida, porque sabiéndose inmortales todo en ella pierde sentido.

El filósofo lituano Emmanuel Levinas decía que “la muerte es la separación irremediable: los movimientos biológicos pierden toda dependencia respecto del significado, de la expresión. La experiencia de una muerte que no es la mía, es la experiencia de la muerte de ‘alguien’, uno que, de golpe, está más allá de meros procesos biológicos y que se relaciona conmigo en forma de alguien”. Estas palabras siempre me han inquietado y ahora, con la nueva lectura del libro de Orlando Mejía Rivera, veo que toman dimensión. Alguien que muere es como un rostro del que toda expresión desaparece. Estar vivo es poder “expresar” lo que somos, como en general ha hecho la humanidad a través de la cultura; es hacer evidente que luchamos por trascender nuestra condición finita, vale decir, porque sentimos que la muerte nos ronda, porque nos sabemos mortales. Cuando nos damos cuenta de nuestra propia muerte, no de la ajena, es cuando en verdad comenzamos a pensar por nosotros mismos; comenzamos a hacernos humanos y a darnos cuenta de que el tiempo de que disponemos es corto, por lo que el disfrute de las cosas importantes de la vida no da espera y el único tiempo apropiado para ello es el que ahora tenemos a mano.

Son ideas como estas las que se nos ocurren con la lectura de *La muerte y sus símbolos. Muerte, tecnocracia y posmodernidad*, de Orlando Mejía Rivera, una interesante excursión, guiados por la inspirada erudición de su autor, por numerosas teorías y reflexiones sobre la muerte y la confrontación entre las maneras como ha sido tomada en la época moderna y la posmoderna o, dicho de otro modo, entre la negación de la muerte o de la mortalidad humana y su reconocimiento, lo cual implica, en el primer caso, el desconocimiento del significado de la propia vida humana y, en el segundo, la consciente aceptación de nuestra condición mortal lo que debe significar el pleno goce de la vida. Por ello, afirma su autor, pensar sobre la muerte en general y sobre todo en la propia, hace valorar la vida y libera a los individuos de la cosificación en la que han caído con la sociedad de consumo y ayuda a comprender que el instante presente es, en verdad, lo más real que tenemos y un don valioso que poseemos los humanos. Y Orlando Mejía concluye: “Si los moribundos pudieran volver a su estado sano, después de vivir la experiencia de la agonía, fundarían una sociedad distinta donde las palabras y las acciones estarían unidas por el amor y el respeto a la vida” (p. 190).

Aunque la muerte ajena nos produce mucho dolor, y miedo la conciencia de la propia muerte, quizás para lo último sirvan de consuelo las palabras de Epicuro quien dijo “si tú estás, no está la muerte; si ella está, no estás tú”. Estar en la tierra es, dijimos, estarlo en condición de invitados, quienes no deben olvidar la enseñanza de Aristóteles de que el huésped no debe ser eterno. Quiere decir que cuando la muerte nos perturba, más conscientes nos hacemos de la brevedad de la vida y la mejor manera de enfrentar esa perturbación, temor más que miedo, es aprender a gozar de ella con plenitud, como vida humana, cuidando de la morada que nos acoge y la presencia inquietante pero gozosa de los otros.

Septiembre 28 de 2018 - 9ª Feria del Libro de Manizales



La Biblioteca Nacional de Colombias y la Red de bibliotecas públicas

Consuelo Gaitán

Después de más de cincuenta años de guerra en Colombia, hoy la Red Nacional de Bibliotecas Públicas cumple cuarenta...

Se acabaron Proexpo, el Upac, el Frente Nacional, la Caja Agraria, el Show de las Estrellas, y la Red sigue abriéndose caminos por nuestro país... Hasta hoy ha llegado a la cifra de 1.500 bibliotecas por todo el territorio colombiano...

Durante estos últimos cinco años de los cuarenta que hoy cumple la Red, en busca de ayudas económicas escribimos en tono académico centenares de documentos que rezaban más o menos así:

La Biblioteca Nacional, como entidad líder de la política pública en lectura y bibliotecas del país, tiene la responsabilidad de proponer acciones en relación con la lectura, el acceso a la información, el patrimonio bibliográfico y el uso significativo de las bibliotecas públicas.

Los usuarios de las bibliotecas públicas y departamentales del país deben tener la oportunidad de acceder a espacios para la lectura, la escritura, la conversación y la construcción colectiva en torno a materiales bibliográficos, audiovisuales y patrimoniales de diversa índole, relacionados con la



construcción de capital social en Colombia; las bibliotecas posibilitan la memoria colectiva y la configuración de la identidad de cada territorio, entre otros aspectos relevantes en un contexto de postconflicto y construcción simbólica. De igual manera, la palabra escrita y la biblioteca pública deben ser reconocidas por la sociedad como factores esenciales para la formación de individuos y comunidades que construyen una nueva idea de país.....

No nos fue tan mal, con esta convicción logramos recursos para dotar tecnológicamente 1.300 bibliotecas, para formar y capacitar en talleres de lectura, en uso y apropiación de herramientas Tic y en proyectos innovadores a la casi totalidad de quienes están hoy aquí presentes. Formamos a más de 2.500 personas de los grupos de amigos de las bibliotecas y realizamos las centenas de visitas que Tutores y Promotores han hecho durante todos estos años para acompañar, no con la frecuencia que hubiéramos querido, a nuestros queridos cómplices en sus bibliotecas.

No estamos satisfechos, por supuesto. Pese a que no hay mayor alegría que la construcción y la puesta en marcha de una nueva biblioteca -pues es un homenaje a las comunidades, a sus saberes innatos, a la curiosidad y a la sed de conocimiento, a transitar de una manera distinta su cotidianidad, como lo dijo ayer el poeta Hugo Jamioy-, los temores nos atenazan.....

Si miramos con firmeza qué está sucediendo en el día de hoy, el panorama nos atemoriza: los claroscuros del proceso de paz, la incertidumbre en las políticas económicas, la creciente inequidad, la amenazante depredación ecológica y qué decir de la tragedia de nuestros hermanos del país vecino..... Al lado de esto, qué importancia puede tener realizar la celebración de algo tan tangencial a los verdaderos dolores del país real.

Precisamente entonces, nuestras bibliotecas poseen herramientas poderosas para afrontar estas amenazas, acompañando y fortaleciendo a los individuos y a las colectividades que visitan las bibliotecas... Y, ¿cómo? Llevamos tres días oyendo la voz de nuestros colegas que nos han señalado el papel de la lectura como una práctica emancipadora y democratizadora, o conminándonos, como lo hizo nuestro invitado mexicano, a que como bibliotecarios ayudemos a los usuarios de las bibliotecas y, por supuesto a nosotros mismos, a hablar nuestro propio lenguaje, a construir nuestro propio discurso, a conservar nuestro patrimonio a través de la memoria colectiva de nuestros pueblos... A que dejemos de comer entero, a que oigamos la diversidad de

voces que no han podido ser oídas, a que asumamos la responsabilidad de ver lo diferente y que defendamos que efectivamente ES diferente.

Pero cómo pasar por alto que por primera vez la cifra de asistentes a este encuentro llegó a 1.300 personas, cuando nunca habíamos superado las ochocientas. Este ha sido el Congreso más grande en toda su historia. Ustedes han mantenido viva y han movilizadado esta comunidad que hoy por hoy es la red cultural más grande que tiene nuestro país.....

No olvidemos el papel crucial que jugaron nuestras bibliotecas durante los años más críticos de violencia: han sido espacios amables para el encuentro de contradictores, para la reflexión y reconstrucción del tejido social fracturado; allí se ha dado y se sigue posibilitando un derecho fundamental: el derecho a la verdad... Qué valentía la de muchos de ustedes que han tenido que trabajar entre el fuego cruzado de las balas de la ignominia y la ruindad de nuestros propios hermanos.

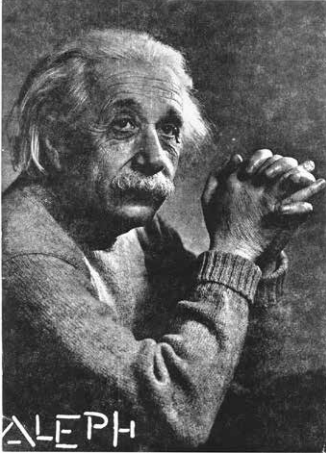
Sin duda, cuarenta años ya es una edad para asumir responsabilidades grandes, como aquella que señala el Premio Nobel de economía, Amartya Sen, de incidir efectivamente en los procesos de desarrollo social. Las bibliotecas pueden y deben cumplir un rol asociado a facilitar herramientas a los usuarios que generen conocimientos, educación y nuevas habilidades que se verán reflejadas en mejoras en su nivel económico. Y por otra parte, deben contribuir a la expansión de capacidades, a facilitar que las personas puedan encontrar con mayor libertad cuáles son sus valores, sus fortalezas, a partir de una comprensión profunda de su cultura y su entorno y que se da principalmente por medio de la lectura.

Quisiera terminar mencionando a tres personas maravillosas, que son verdaderamente las responsables de que hoy podamos realizar esta celebración. Curiosamente tienen personalidades muy distintas entre ellas, pero son todas excepcionales profesionales, rigurosas y con mucho carácter (¡lo necesitan para trabajar en un proyecto tan arduo y complejo!). Hemos aprendido hermosas lecciones de ellas: de Sandra Suescún, que la rigurosidad no riñe con la sensibilidad y que el amor a un ideal justifica toda una vida..... De Luz Adriana, Luza, la sabiduría de solucionar los problemas siempre con una sonrisa, en lugar de desgastarse en enfrentamientos estériles..... Alegría pero firmeza. Y de Alejandra, que hay que escuchar siempre, que hay que darles la oportunidad a las personas de expresarse, que para eso está el lenguaje, antes de tomar decisiones precipitadas...

Combativas las tres, han solucionado infinidad de problemas, han acompañado, han capacitado, han regañado y han consolado a miles de bibliotecarios; han recorrido un sinnúmero de kilómetros de esta maravillosa pero no siempre amable geografía, y siguen tan campantes..... Felices con sus amadas bibliotecas, y nosotros felices y agradecidos de que este país tenga mujeres tan valiosas haciendo este trabajo... ¡¡¡Esperemos que por otros cuarenta años más!!!

Bogotá, 23 de septiembre de 2018





Notas

Entrevista de la Revista SEMANA con el Académico/Humanista Darío Valencia-Restrepo (publicada en la edición del 02 al 09 Sept.-2018)

RS: *¿Existe la posibilidad que Humboldt haya usufructuado las investigaciones previas de Caldas en los Andes?*

DVR: Alexander von Humboldt fue un personaje central en el desarrollo de la ciencia en el siglo XIX y su paso por la Nueva Granada, entre 1801 y 1802, tuvo una importancia extraordinaria. Fue en los Andes cercanos a la línea ecuatorial, en especial en el volcán Chimborazo, donde Humboldt encontró un verdadero laboratorio para desarrollar la geografía de las plantas, una disciplina que estudia cómo varía la vegetación con los cambios de altitud. Humboldt señaló que ese había sido su trabajo más importante, y la historia de la ciencia ha reconocido a este prusiano, con justicia, como el fundador de la geografía de las plantas. Pero conviene destacar que Francisco José de Caldas también hizo

por aquellos años una contribución de interés a dicha disciplina. Su amplio conocimiento de la geografía y el clima tropicales, producto de sus muchos viajes por el territorio neogranadino, debió contribuir a los trabajos de Humboldt al respecto, pues ambos conversaron y compartieron excursiones durante su encuentro hacia principios de 1802 en el actual Ecuador. Lo que sí no tiene ningún sentido es afirmar que Humboldt se apropió, como lo afirma gente poco informada, de ideas de Caldas sobre este tema o sobre el relacionado con la medición de la altura en las montañas por medio del termómetro.

Por otra parte, he mostrado que Caldas, antes de su encuentro con Humboldt, había encontrado ya la propiedad de la naturaleza que se estudia en la geografía de las plantas. En efecto, Caldas reunió en sus muchos viajes información que le permitió señalar, para determinados lugares, la altitud máxima y la altitud mínima donde se encontraba cierta planta. Y así lo determinó para el trigo,

el plátano, la yuca, la caña de azúcar y el cacao.

RS: *En la relación Humboldt - Caldas, en el tema de la geografía de las plantas, cree que el prusiano no hizo un debido reconocimiento a Caldas. ¿Tenía la obligación? ¿Qué razones pudo haber tenido Humboldt para la omisión?*

DVR: Considero que tenía la obligación de hacerlo. Mis estudios han mostrado que en sus publicaciones Humboldt no dio ningún crédito a la muy probable colaboración de Caldas a su trabajo en el medio tropical sobre la geografía de las plantas, aunque lo cita con respecto a otros asuntos y a veces con elogios. Es probable que Humboldt hubiera querido asegurarse la prioridad al respecto, como lo pone de presente la pronta publicación en París, en 1807, de sus ideas sobre la geografía de las plantas. Escribo en 2016 Alberto Gómez Gutiérrez, precisamente el coordinador del grupo que colaboró en la edición de la *Humboldtiana neogranadina*: “A Humboldt, por su parte, a mi manera de ver, se le olvidó Francisco José de Caldas. Y también la mayoría de los historiadores han dejado por fuera de sus consideraciones a quien se podía postular como el gestor simultáneo del concepto de la fitogeografía o geografía de las plantas, en la historia de la ciencia.”

RS: *En el fondo, ¿puede tratarse de un tema de eurocentrismo vs americanismo?*

Se ha argumentado que la situación de Caldas, en la periferia de la comunidad científica, hacía muy difícil la difusión de su pensamiento al respecto. Sin embargo, he encontrado que diferentes

historiadores y científicos del ámbito internacional vienen haciendo en años recientes justicia a la contribución de Caldas. Todo esto se inició con la significativa publicación en 2006 del libro *La obra cartográfica de Francisco José de Caldas*, cuyo autor principal fue Mauricio Nieto Olarte, y en la cual se incluyeron por primera vez láminas de Caldas relacionadas con la fitogeografía que fueron identificadas por dicho autor en archivos españoles. Nieto Olarte fue uno de los colaboradores convocados por Gómez Gutiérrez para el libro *Humboldtiana neogranadina*.

RS: *¿Cuál es el aporte de Caldas a la hoy Colombia y qué lugar merece en nuestra historia?*

Al celebrar en 2018 los 250 años del nacimiento de Francisco José de Caldas, y ante el desconocimiento generalizado de los colombianos sobre la vida y obra del neogranadino, es del caso afirmar que Caldas es nuestro primer científico, precursor entre nosotros de campos como fitogeografía, botánica, cartografía, astronomía, ingeniería, meteorología, periodismo científico. Y nos dejó dos ejemplos todavía vigentes: con esfuerzo y creatividad es posible obtener logros, incluso ante las circunstancias más desfavorables; y nos legó una lección ética, ya que Caldas siempre puso al servicio de sus conciudadanos, en forma altruista, el conocimiento que en su intenso trajinar fue adquiriendo del territorio y de sus recursos.

“La vejez”... (por: María-Dolores Jaramillo). Simone de Beauvoir escribió un libro de extraordinaria lucidez y

utilidad sobre los viejos, y para los viejos, titulado *La vejez (La vejez)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1970). Recorre todos los aspectos, negativos y beneficiosos de la ancianidad, e invita a mirarnos en el espejo de un patrón general, que a veces puede reflejarnos y a veces no. Habla, por ejemplo, del tedio de los viejos...que no conoce quien se nutre de la concupiscencia lectora y la pasión artística o intelectual....

El libro de Beauvoir propone pensar en *las ventajas de la vejez...* ¿cuáles podrían ser?

Libera de las coacciones sociales, de las alienaciones sociales, de las apariencias sociales, del afán de agradar, libera de la hipocresía, de muchos cálculos y patrones impuestos para actuar...Ofrece mayor independencia de la opinión ajena...Libera de las falsas ilusiones ...y los estereotipos mentales... Recarga la visión con mayor realismo y escepticismo...Y va forjando una audacia particular...un desprendimiento progresivo de toda timidez que permite poder pensar y decir en voz alta...Ya no nos dejamos intimidar por nada...Ni tememos a nadie. Y la lucidez termina de florecer, tardía, con mayor comprensión y mejores respuestas ...

S. de Beauvoir muestra que la vejez puede vivirse como florecimiento. Como un período en el que se siente más comodidad, sin estar obligado a faenas que no estimulan...como las clases, las evaluaciones estudiantiles, la atención de estudiantes, la producción de notas periódicas, las correcciones de trabajos, exámenes y tareas, la llenada de muchas clases de planillas de

control que apartan de los placeres más válidos: la lectura...el cine...la pintura... la caminata...o la música...Se recupera libertad, sin horarios obligados, ni planillas de contenidos y constancias, libres de informes estudiantiles individuales... y aburridas correcciones sintácticas u ortográficas ...

Si al retirarme de la UN perdí la función social, - la función profesoral-, recuperé el encuentro conmigo misma y la libertad personal... Ya no hay presión social, ni académica. Ni tiempos marcados. Llegamos en la vejez a ser nosotros mismos...liberados de las imposiciones ajenas, de las obligaciones laborales...Y se da un enriquecido reencuentro reflexivo consigo mismo.

“Memoria por correspondencia” de Emma Reyes (por: Jairo Ruiz-Mejía). Libro publicado por la editorial Laguna Libros en el año 2012, con sucesivas reediciones, es un testimonio de la desgarradora vida de la artista colombiana Emma Reyes, en sus primeros veinte años. En 23 cartas dirigidas al académico/escritor e intelectual Germán Arciniegas, reconstruye esta etapa de su vida, desapacible, humillante, pero al mismo tiempo vivida con una tenacidad por sobreponerse a las desventuras. Entre 1969 y 1997, escritas el original de su puño y letra, las cartas que conforman el libro, están hechas con la delicadeza y la habilidad de mostrar en detalle los sucesos vividos y recordados, tal como si estuviera plasmando en uno de sus cuadros su visión particular del mundo. Mundo que, a pesar de todas

las vicisitudes, de las penosas e infames situaciones de humillación, describe en su justa apreciación, a la medida de los hechos, sin una sola gota de angustia acumulada, libre de animadversión. Pero escribe además con una malicia indígena, donde la picardía desborda la técnica literaria. Al decir del maestro Arciniegas, refiriéndose a su obra pictórica, aplicable igual a su obra literaria: "...siempre rebelde, alerta, curiosa e informada como si fuera una india, que en el fondo no lo es...".

La historia reconstruida inicia con Emma viviendo en un cuartucho del barrio San Cristóbal de Bogotá, sin ventanas, sin inodoro, una sola puerta, compartiendo con su hermana Helena, la Señora María y el niño, llamado "Piojo". Su momento más feliz del día era cuando, luego de vaciar en el muladar cercano la bacinilla inundada de las nauseabundas porquerías de todos los de la casa, se dedicaba a manosear la basura en busca de tesoros como zapatos viejos, palos, pedazos de alambre, cauchos... De cinco años enfrenta situaciones casi que inverosímiles: En manos de un loco, a punto de ser violada, viéndose sorprendido éste por sus hermanas, y antes de su retirada, nos relata la autora: "tomó su pipí con las dos manos e hizo pipí encima de mí, rociándome de la cabeza a los pies, como si fuera una planta".

Luego de sobrevivir a los maltratos de la Señora María, son llevadas las hermanas Reyes a un convento. En sobrecogedoras palabras de la autora, ambiente sacrílego, si se tiene en cuenta que, en nombre de la fe, los desmanes

se convierten en verdaderas faltas al respeto de la dignidad humana. En su última carta nos cuenta que hacía mucho tiempo ya no era una niña; casi quince años eludiendo el abrazo péfido del demonio, del demonio humano, demasiado humano. Cuando sale del convento, eludiendo la fuerza aplastante de la fe, "En la calle no había nadie, solo dos perros flacos y uno le estaba oliendo el culo al otro".

Luego de leer esta valerosa autobiografía, de su vida en los comienzos, construida pausada y meticulosamente por la pintora y narradora Emma Reyes, publicada póstumamente, a petición de la autora, nos queda la certeza que el detalle con que describe cada situación, incluyendo gestos, ruidos, palabras, colores, todo, es el resultado de una situación singular, que la misma autora nos confirma en uno de sus apartes: "un niño de cinco años que lleva una vida normal no podría reproducir con esa fidelidad su infancia".

Hemos recibido... De Luz-Eugenia Sierra, de la editorial Letra a Letra, en la colección "Poesía letra a letra", los siguientes libros más recientes: "La poesía es un viaje" de Robinson Quintero-Ossa, "La mala parca" de Santiago Mutis-Durán y "La mirada del huésped y otros poemas" de José Zuleta-Ortiz. "Anotaciones biográficas" de Jorge Mora-Caldas (2018). "Dante Alighieri y la medicina" de Orlando Mejía-Rivera (2018). "Manzanitas verdes al desayuno", cuentos eróticos de Milcíades Arévalo (2009, 2017). "Manizalados" (2018), novela

autobiográfica de Manuel-Fernando Jiménez G. (“El flaco Jiménez”). “Historia de un asombro”, novela de María-Gemma Salazar G. (2016). La “Revista de la Universidad de Antioquia”, sin falta, en especial el

No. 332 que exalta la obra del poeta y ensayista Juan Gustavo Cobo-Borda. La revista “Anales de Literatura Chilena”, sin falta, de la Universidad Católica de Chile. La “Revista Casa de las Américas”, sin falta.

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R., Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis-Eduardo Mora O. (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora O. (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Darío Valencia-Restrepo, Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S. (✉), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Alejandro Dávila A.

Colaboradores

Elvira Rico-Grillo. Pintora-Diseñadora, residente en Bogotá. En el Reportaje de esta edición (pp. 6-17), está un panorama completo de su vida y labores.

Fabio Rodríguez-Amaya. Ensayista, pintor, grabador colombiano. Professore Ordinario di Lingue e Letterature Ispano americane; Dipartimento di LLSC; Università degli Studi di Bergamo.

María-Dolores Jaramillo. Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia, en uso de buen retiro por jubilación, además Ph.D en París. Autora de dos libros significativos: “José-Asunción Silva, poeta y lector moderno” (2001) y “Emilio Cioran: creencias y esperanzas de un escéptico” (2002).

Moisés Wasserman L. Químico, Ph.D.. Científico-Humanista. Rector de la Universidad Nacional de Colombia (2006-2012). Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (2002-20069). Su libro más reciente: “Cómo tener siempre la razón y otras columnas sobre ciencia y sociedad” (FCE, 2018).

Gonzalo Cataño. Doctor en Sociología del Derecho. Profesor-Investigador en la Universidad Externado de Colombia. **Wilson Ladino:** profesor de la Escuela Superior de Administración Pública, ESAP; **Wigberto Castañeda:** Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia.

Carlos-Alberto Ospina H. Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Ensayista. Profesor-Investigador en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas. Autor, entre otros, del libro: “Por caminos de la filosofía” (2015).

Consuelo Gaitán. Egresada de Filosofía de la Universidad de los Andes. Escritora, Editora, Librera. Divulgadora de libros, y de cultura en general, en programas de radio. Directora de la biblioteca Nacional de Colombia, lidera el Sistema nacional de bibliotecas públicas.

Jairo Ruiz-Mejía. Licenciado en Educación e Ingeniero Electrónico. Docente en áreas de ciencias en colegio rural. Lector, aficionado a las artes y a las labores del campo.



Elvira Rico

Manuscrito autógrafo <i>/Elvira Rico-Grillo/</i>	1
Elvira Rico, en exposición <i>/Fabio Rodríguez-Amaya/</i>	3
Elvira Rico, artista de entereza vital <i>/Reportajes de Aleph/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	6
Los aportes del Nadaísmo <i>/María-Dolores Jaramillo/</i>	18
El libre pensamiento <i>/Moisés Wasserman L./</i>	31
El profesor Gonzalo Cataño recuerda al maestro Darío Mesa <i>/Wilson Ladino, Wigberto Castañeda/</i>	34
“La muerte y sus símbolos” <i>/Carlos-Alberto Ospina H./</i>	61
La Biblioteca Nacional y la Red de bibliotecas públicas en Colombia <i>/Consuelo Gaitán/</i>	67
N O T A S	
<i>/Entrevista de la revista Semana con el Académico-Humanista Darío Valencia-Restrepo/ “La vejez”, reseña de libro de Simone de Beauvoir (por: María-Dolores Jaramillo/ “Memoria por correspondencia”, reseña de libro de Emma Reyes (por: Jairo Ruiz-Mejía)/ Hemos recibido.../ /Patronato histórico de la Revista/</i>	71
Colaboradores	76